



ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 22. — Madrid 5 de Agosto de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

| MADRID Y PROVINCIAS |               |
|---------------------|---------------|
| Seis meses.....     | 30 rs.        |
| Un año.....         | 60 »          |
| CUBA Y PUERTO-RICO  |               |
| Seis meses.....     | 2 1/2 ps. fs. |
| Un año.....         | 4 »           |

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

| EXTRANJERO         |               |
|--------------------|---------------|
| Seis meses.....    | 11 fr.        |
| Un año.....        | 21 »          |
| FILIPINAS Y MÉJICO |               |
| Seis meses.....    | 3 1/2 ps. fs. |
| Un año.....        | 6 »           |

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por J. M.—*La diócesis de Madrid y Alcalá*.—*La entrada del Excmo. é lmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá*.—*Episodios de la epidemia*.—*Los grabados*.—*Dens est charitas*, por D. Valentín Gómez.—*A San Ignacio de Loyola*, poesía, por D. Andrés Serrano y García-Vao.—*Cartas de sor María de Agreda y el Rey Felipe IV*, por X.—*La Basílica Compostelana y las peregrinaciones á Santiago* (continuación), por D. J. Fernández Sánchez y D. F. Freire Barreiro.—*Aurora* (continuación), por Vicente Aspa.—*Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel.—*Conocimientos útiles*.—*Miscelánea*.  
GRABADOS.—*Monseñor Perraud, Obispo de Autún, presidente de la Academia Francesa*.—*Una noche de luna en Venecia*.—*El Ángel de la Guarda*.—*Monseñor Melchers, Arzobispo de Colonia*.—*Lo que resta del castillo de Castro-Torafe, provincia de Zamora*.

LA DECENA



HEMOS entrado en el mes de Agosto. En este octavo mes de la gestación anual suelen hacer su agosto muchas gentes.

Hacen su agosto los labradores... siempre que los vendavales, las granizadas y los turbiones no hayan hecho de las suyas en el mes de Julio, como ha sucedido en el año corriente.

Hacen su agosto los vendedores de melones... siempre que no reinen enfermedades sospechosas que hagan la competencia al sabroso fruto cucurbitáceo.

Hacen su agosto las casas de baños y los baños del Manzanares... siempre que los médicos no declaren que las repetidas inmersiones en el agua en tiempos de epidemia están contraindicadas.

Hacen su agosto los establecimientos donde se sirven los mejores sorbetes y las horchaterías donde se expenden chufas y cebada en todas sus manifestaciones refrigerantes... siempre que la sombra del severo Galeno no venga á interponerse entre la sed ardiente del que quiere beber y las caricias heladas del líquido que quiere ser bebido.

Hacen su agosto los espectáculos nocturnos á cielo descubierto... siempre que los habituales concurrentes á estas fiestas no se empeñen en largas discusiones sobre si el hombre libre debe exponerse al aire libre, durante dos ó tres horas, bajo la constelación epidémica reinante.

Hacen su agosto muchísimas personas en este mes; pero yo no pretendo hacer el mío, y mucho menos á expensas de mis pacientes lectores. Por tanto, cuando digo que hemos entrado en el mes de Agosto, no les pido á ustedes nada por la noticia.

Este arranque de noble desinterés por mi parte, contribuirá seguramente á conquistarme la benevolencia del público.

Ya he obtenido algún beneficio de esta acción generosa, puesto que me encuentro con dos cuartillas escritas, sin más trabajo que el de haber regalado la noticia de que estamos en el mes de Agosto.

\*\*\*

Pues no digo nada, si me ocurriese la

idea de historiar, como ahora se dice, las vicisitudes y peripecias de este mes en que hemos entrado! Entonces sí que llenaría cuartillas, como Agosto llena trojes y paneras en Castilla y en la Mancha.

Porque el susodicho mes, octavo en nuestro calendario, ha cambiado no sólo de nombre, de estación y de orden jerárquico entre sus hermanos, sino hasta de número de días, desde que vino á la vida pública.

Entre los romanos, cuando el año (que comenzaba á contarse por el mes de Marzo) no tenía más que diez meses, el que hoy se llama Agosto ocupaba el sexto lugar y por ende se llamaba *Sextilis*.

Como no tenía personas de valimiento que se interesasen por él, siguió figurando en la misma categoría y con la propia denominación oficial en la nómina del Lacio; y tan lacio estaba, en efecto, el pobre *Sextilis*, sin duda por causa del calor con que desempeñaba sus faenas, que hubo de llamar la atención del ministro del ramo, Sr. Numa Pompilio, quien le dió formal palabra de ascenderle en la primera ocasión.

Entre los Numa Pompilios de los romanos y los

Numa Pompilios de los españoles, la frase « en la primera ocasión » viene á significar, poco más ó menos, *ad calendas graecas*; y por tanto, *Sextilis* esperó sentado largo tiempo, hasta que, por último, reclamó del jefe supremo de los Almanagues el cumplimiento de su palabra.

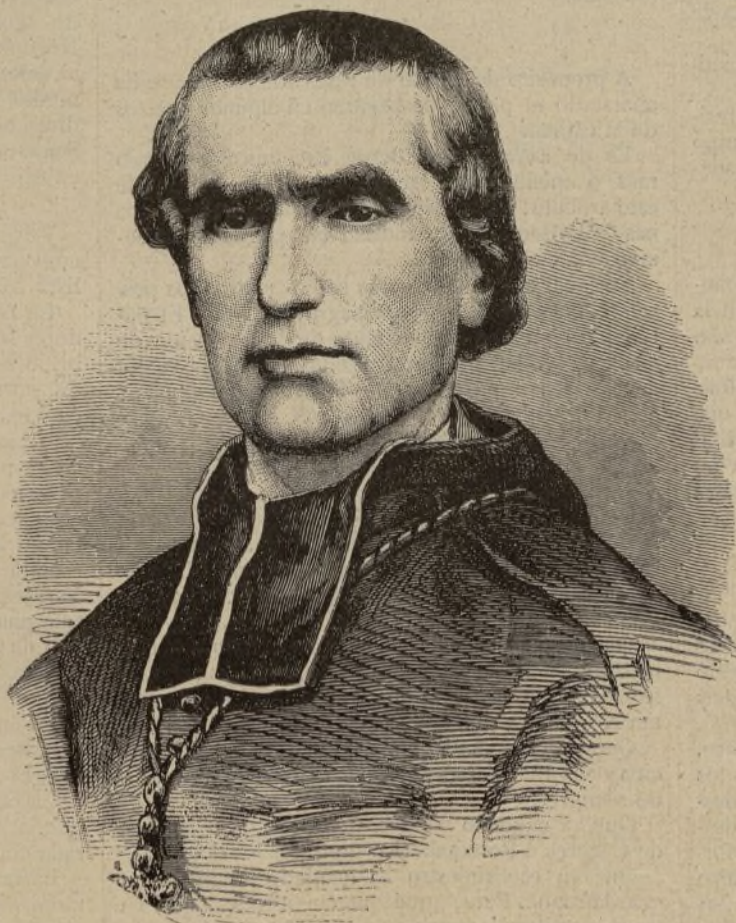
Pero sucedía entonces en Roma, tocante á destinos y ascensos, lo que sucede hoy en España, y para complacer al pretendiente, tuvo que hacer Numa Pompilio una combinación vastísima en el personal, nombrando dos meses de nueva planta, *Enero* y *Febrero*, que se agregasen á los diez existentes, el primero á la cabeza y el segundo á la cola. Así pudo el celoso, probo é inteligente funcionario ascender á la categoría de séptimo mes, pero conservando su nombre de *Sextilis*, lo cual era una anomalía; porque (como le decían á Numa Pompilio los periódicos de la oposición) si *Senatus populusque romanus* decretase que los gansos del Capitolio fueran reemplazados por los arúspices ó por los sacerdotes de Isis, ¿se seguiría llamando gansos á tan esclarecidos varones?

Sin embargo, ni por entonces ni bajo la situación Julio César cambió la denominación de *Sextilis*. Pero un día los decenviros, fuese que se levantaran de buen humor, fuese que Júpiter les inspirase la salvadora idea, ello es que cogieron entre todos al mes de *Febrero*, que era el último del año, y quieras ó no, lo metieron como una cuña entre *Enero* y *Marzo*, de lo que resultó que *Sextilis* vino á ocupar el número ocho en la escala de los meses... ¡Y seguía llamándose *Sextilis*!

Vino el emperador Augusto y le vino en mientes al augustísimo emperador dar su nombre al mes de que voy hablando, porque en este mismo mes había sido elevado por vez primera á la dignidad consular y tres veces, en dicho período del año, había entrado triunfante en Roma, había puesto fin á la guerra civil, etc., etc. Y dijo la gente: « ¿Lo quiere Augusto? pues á su gusto. »

Ya tenemos á *Sextilis* convertido en *Augustus* y declarado inamovible, pero siempre mes honrado y decente; tanto que no se ha dejado corromper en el transcurso de tanto siglos... Pero ahora he caído en que ha sido corrompido su nombre hasta degenerar en *Agosto*.

No está de más decir aquí que los romanos andaban tan atrasados, que de cualquier cosa hacían una cuestión política. Pues, verán ustedes que *Sextilis* (que venía detrás del mes que llevaba el nombre de Julio César, *Julius*), sólo tenía 30 días, y no podía tolerarse por Augusto que el mes consagrado á su gloria tuviese veinticuatro horas menos que el mes adjudicado á su tío; por consiguiente, se le añadió un día, que como no tenía crédito designado en el capítulo de Calendarios, hubo que transferirle del presupuesto de Febrero. Este desgraciado, que ya sólo contaba veintinueve días los años ordinarios y



MONSEÑOR PERRAUD,

Obispo de Autún, Presidente de la Academia francesa.



treinta los bisieños, tuvo que suministrar al mes de Agosto el día complementario exigido por el amor propio del emperador y se quedó reducido casi á la indigencia, á veintiocho días... Bien decía Cicerón: «al perro flaco, todas son pulgas.»

¿Lo ven ustedes? Es una verdadera desgracia tener, como yo tengo, henchido de noticias y de datos el odre de la erudición; porque, á lo mejor se escapan de él dos ó tres decilitros de sabiduría, tan fácilmente como se escaparon aquellos diecisiete presos de la cárcel de Valladolid, hace pocos días.

Hay, sin embargo, la diferencia de que los lectores dejan pasar mis evadidos sin apoderarse de ellos, al paso que las autoridades de Valladolid se dieron á perseguir á los fugitivos, hasta lograr la captura de once.

La noticia de la evasión de los diecisiete, verificada inmediatamente después de haber terminado el juicio oral en causa sobre homicidio del *Barquillero*, ha sido objeto de vivos comentarios en los círculos de cárceles y presidios.

En el de Burgos se empeñó, con tal motivo, una acalorada discusión técnica sobre la novedad del procedimiento empleado para obtener la manumisión de los diecisiete esclavos del Código penal, y se analizaban escrupulosamente las probabilidades de que fuesen ó no capturados los inquilinos de la cárcel de Audiencia, que se habían mudado de casa sin dejar las señas de su nuevo domicilio.

Uno de los oradores decía filosóficamente:

—Lo que es yo, soy tan desgraciado, que si veinte veces lograra escaparme del presidio, veinte veces me echarían el guante.

—Pues yo te digo — replicaba un contrincante suyo — que si yo escurriera el bulto de esta escuela de párvulos, no volverías á verme la geta, aunque vivieras más años que el Peñón de Alhucemas.

—Pues yo repito — insistía el primero — que aunque pudiera escabullirme, no lo haría.

—Vaya, — exclamó con tono amistoso su colega — ¿quieres ver cómo yo, yo solito, te pongo fuera de esta casa de maternidad, y no hay guardia civil que te atrape, y no vuelves á poner los pies en ningún presidio de la tierra?

—¡Tú! — contestó el otro con sorna. — Ni que fueras la *mesmísima* ganza del *endulto*.

—Te digo que yo te sacó de aquí, y que no vuelves.

—Tú eres un...

—¿Qué soy? Dilo pronto, — repuso el camarada echando fuego por los ojos.

—¿Quieres que te lo llame?

—Sí, si quiero, — replicó acercándose, mientras metía la mano derecha por debajo de la pechera de la camisa.

—Pues bien, — dijo el otro con aire despreciativo; — eres un... hombre *honrao*.

—¡Toma ese pasaporte para que salgas de presidio! — exclamó el interlocutor, y al propio tiempo le asestó una tremenda puñalada que le dejó cadáver, hablando en plata.

Ocho arrobas de este metal y de cobre, en moneda contante y sonante, se han encontrado en la misera vivienda de una pordiosera apodada la *Niña*, que ha muerto del cólera en Chinchón. Veinte sacos contenían el tesoro acumulado por la infeliz mendiga, céntimo á céntimo. Como supongo que habrá sido enterrada de limosna, no habrá podido llevarse consigo el numerario, porque la fosa no tendría capacidad para tanto. Si la *Niña* hubiera llegado á vieja, los sacos de moneda habrían llegado á las nubes.

¡Las nubes! ¡Ya, ya! También han dejado en tierra en los pasados días los tesoros de agua, granizo y exhalaciones eléctricas que habían ido ahorrando poco á poco, para despilfarrarlo en breves horas y ponerlos como ropa de pascua.

El espectáculo era imponente, pero grandioso. Los relámpagos se sucedían sin interrupción; los truenos resonaban en la bóveda celeste como descargas de millares de cañones; los rayos se desprendían de las nubes con seco estallido; el agua formaba bramadores torrentes por las calles; el granizo azotaba con estrepitoso redoble los cristales de los balcones, y no parecía sino que la naturaleza había abierto todas las válvulas de su ira para aterrorizar y aniquilar al mundo.

Pero la cólera de los meteoros, aun siendo tan formidable, se amansa más pronto que la cólera de

los hombres. Si nosotros, pobres pigmeos, cuando acumulamos en nuestros laboratorios sociales los gases que han de formar las nubes de donde brota la tempestad de la guerra, dispusiéramos de los terribles medios de destrucción que tiene la naturaleza, ¿creen ustedes que nos contentaríamos, como ésta, con hacer un poco de ruido y encender bengalas para asustar á nuestros enemigos y tenderles después la mano con la sonrisa en los labios?

No á todos acobardan las tempestades. Al contrario, hay hombres de ánimo tan esforzado y de sentido práctico tan exquisito, que las explotan para los fines, más ó menos lícitos, de la vida.

Era la noche del 27... ¡noche de tormenta!

Eran 27 matuteros... ¡hombres de pelo en pecho! Eran 32 arrobas de alcohol... ¡Líquido de gran espíritu!

La tempestad se cernía... digo mal, hacía algo más que cernerse; pasaba tan desahogadamente por el cedazo de las nubes, como los matuteros querían hacer pasar su contrabando á través de las mallas de la vigilancia.

El agua caía á cántaros de toda la zona celeste, y los contrabandistas creyeron buena la ocasión para pasar sus cántaros de alcohol por la zona fiscal. Pero ¡ay! que 17 vigilantes de consumos (que me complazco en creer serían *aguados*, puesto que no les hacía daño el agua) se presentaron allí como *llovidos del cielo*.

Los matuteros pensaron cándidamente que este segundo chubasco, con que no contaban, podía aguar el espíritu de vino, y abrieron sus paraguas, que probablemente serían de Albacete y de doble muelle, y enarbolaron unos á modo de pararrayos de roble, á fin de resguardarse del chaparrón del resguardo y neutralizar los efectos de la electricidad negativa del fielato. Y se encontraron frente á frente matuteros y vigilantes...

*Continere omnes, intenteque ora tenebant.*

La tormenta atmosférica suspendió un momento su furia, sin duda para observar la marcha y seguir las peripecias de la tormenta de extrarradio, que al fin estalló con todo su formidable aparato de imprecaciones huracanadas, agudos silbidos, lluvia de palos, relámpagos de carabina y exhalaciones esféricas de plomo...

No hubo desgracias personales que lamentar, porque las sufridas por varios de los contendientes no fueron desgracias, sino contusiones. Los matuteros abandonaron el campo, llevándose únicamente sus cuerpos, puesto que dejaron en poder de los vencedores el espíritu... de vino, ítem más dos arrobas de aceite y cuatro reses, que también querían *meter á burato*.

A propósito de barato de reses: dícese que se ha abaratado el precio de la carne en algunos puestos de la capital.

Es de advertir que desde hace un mes, poco más ó menos, que se rebajaron las tarifas de este artículo, han venido los expendedores en carnes embolsándose la cantidad en que han sido beneficiados.

En igual caso que la carne se encuentran los pescados, garbanzos, queso, vinagre, etc., etc. El público no conoce las ventajas de la reducción de derechos... ¿Me permiten ustedes un desahogullo, aunque sea impropio de las canas de mi peluca? ¿Sí? Pues allá va:

¡Viva el libre tráfico!!

Después de esta expansión de entusiasmo mercantil, no me siento en condiciones para hablar de desdichas, única nota que descuella en el desconcierto de mis apuntes.

Que un albañil se cayó de un andamio y quedó muerto, en la calle de Pelayo... ¿Pero todavía no se ha dado aplicación al nuevo sistema de andamios, tan ensayado y preconizado?

Que en Granada se suicidó un agente de negocios y en el Retiro un joven de dieciocho años... Lo de siempre.

Que ha ocurrido un descarrilamiento en la línea de Cáceres á Portugal... Lo de todos los días.

Que en ese siniestro ha quedado aplastado un guardafreno... Pues, ¿qué querían ustedes, que en los descarrilamientos no pasaran esas cosas?

Que en la villa de Blanca ha ocurrido un suceso harto negro, puesto que han resultado dos muertos, un herido grave y una persona loca.

Que las tormentas han causado terribles daños en

muchas localidades, hasta el punto de hacer olvidar la epidemia... Bien vengas mal, si vienes solo.

Que en Huesca ha habido un grave alboroto con motivo de la muerte dada por un empleado de consumos á un labrador; que se ha puesto fuego á las casillas del resguardo, apedreado balcones y declarado el estado de sitio... El pan nuestro de cada día.

Que han ocurrido escenas del más repugnante colorido (esto no ha pasado en Huesca, sino en Madrid) á las inmediaciones del hospital de coléricos; que algunos grupos formados de personas, al parecer, han saludado con gritos, silbidos, insultos y amenazas á los enfermos de la epidemia que eran conducidos en camillas á aquel establecimiento benéfico...

¡Cállenlo ustedes, por Dios; no llegue á oídos de los riffiños.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL



La estación veraniega de baños, excursiones campestres, viajes y retiros, produce una paralización en los sucesos de que se alimentan las crónicas periodísticas.

Sin embargo, hay un lugar de Europa, una casa veneranda donde no hay vacaciones. Esta casa es el Vaticano. Todo el mundo oficial se ausenta de Roma en esta estación huyendo del paludismo y de las fiebres que le acompañan; la única excepción es el Papa y sus Prelados. Siempre en la brecha, desafían noblemente el rigor de la estación ante el cumplimiento de sus deberes sagrados.

El día 27 tuvo lugar el anunciado Consistorio. Fueron creados Cardenales los Emmos. Señores Pablo Melchers, Patricio Morán, Plácido Moria Schiaffino, Alfonso Capecelatro, Francisco Battaglini y Carlos Cristofari.

Fueron preconizados los nuevos Prelados de Palmira, de Lepanto y de Praga.

El Papa publicó los nombramientos hechos por Breve, de Mons. Ferrata, Arzobispo de Salónica, de Mons. Palma, Arzobispo de Bucharest, de Monseñor Walsh, Arzobispo de Basilea.

Se ha reservado *in petto* Su Santidad los nombres de los nuevos Cardenales, que se cree sean Monseñor Theodoli y Mons. Massimi.

Por último, Su Santidad pronunció una importante alocución, que publicaremos en el número próximo.

Su Santidad acaba de experimentar un gran consuelo. Los Estados Unidos de Colombia han acreditado como ministro plenipotenciario cerca del Vaticano, á M. Vely, que residía ya en Roma en calidad de agente oficioso de Colombia. El ministro de Negocios extranjeros ha comunicado esta decisión al delegado apostólico, S. E. Mons. Agnozzi, por medio de una nota oficial, en la cual manifiesta su dicha al comunicar al Enviado extraordinario de la Santa Sede que sus gestiones han sido coronadas de un éxito completo.

Los periódicos napolitanos siguen tratando de la conversión y muerte edificante del célebre racionalista Augusto Vera. Murió el 11 del corriente mes.

La *Discusione*, de Nápoles, da detalles conmovedores sobre la visita del Cardenal Sanfelice, Arzobispo de Nápoles, al filósofo postrado en el lecho del sufrimiento. A consecuencia de esta visita, en la cual había mostrado sentimiento de fe inesperada, M. Vera se confesó con el sacerdote enviado cerca de él por el Arzobispo é hizo en presencia de dos personas delegadas á este efecto una retractación completa de todo lo que había escrito y pensado contra la Iglesia y el Soberano Pontífice. Después recibió con fervor el Viático y la Extremaunción. Varios periódicos revolucionarios italianos se muestran muy contrariados por esta muerte cristiana de uno de los corifeos de la incredulidad en Italia.

Dios habrá premiado su arrepentimiento.

La única hija soltera de la reina Vitoria, la princesa Beatriz, ha contraído matrimonio con el príncipe Enrique Mauricio Battenberg.

La ceremonia se ha celebrado en Osborne, en la iglesia Whippinghan, que estaba lujosamente decorada con paños de color de escarlata.

La familia real inglesa ha concurrido á la ceremonia. Han asistido además los príncipes de Hesse, el gran duque del mismo nombre, padres y hermano del novio; los duques de Edimburgo, de Connaught y de Cambridge, los marqueses de Lorne y los príncipes Christian y de Saxe-Coburgo-Gotha.



El nuevo Gabinete inglés comienza a plegar velas. A pesar de los consejos de Wolseley para que se volviese á Dongola y no se abandonase el Sudán, ha prevalecido la opinión contraria, y el nuevo Gobierno, si bien ha declarado por boca de lord Salisbury que uno de sus mayores cuidados será el buscar manera de arreglar la cuestión egipcia, también ha declarado que en cuanto á Dongola y el resto del Sudán, no podía por el momento cambiar de conducta; lo que equivale á canonizar la política seguida en Egipto por el anterior Ministerio, contra lo que generalmente se creía.

De manera que todas las esperanzas concebidas á la formación del nuevo Ministerio inglés en bien de Egipto, van desapareciendo, y las protestas de lord Wolseley y las declaraciones de lord R. Churchill en la Cámara inglesa, en nada han modificado la conducta de lord Salisbury en los asuntos de Egipto.

La cuestión albaná en el mismo estado. Los rusos van afianzando sus pasos en aquel territorio, y los ingleses, muy prudentes, siguen el curso de las negociaciones diplomáticas, de que nadie hace caso. Irlanda sigue esperando las apetecidas reformas. Todo lo cual induce á creer que empieza á declinar el poder de Inglaterra.

Los socialistas guarecidos en su seno, le ayudarán á caer.

Este último párrafo nos conduce á la siguiente noticia:

El consejo federal de Suiza acaba de publicar una Memoria intitulada *Napport officiel sur l'enquete relative aux anarchistes en Suisse*, y redactada por Müller, procurador general de la Confederación helvética.

Daremos á grandes rasgos el resumen de tan importante trabajo, comenzado en el mes de Febrero del presente año, cuando se cometió el atentado contra el palacio de Berna.

Con relación al problema social pueden considerarse en Suiza tres agrupaciones: 1.ª, el partido obrero suizo *Grütliverein*, tiende simplemente á defender por los medios legales los intereses del cuarto estado; 2.ª, la asociación de obreros (*Arbeiterverein*), que aunque tiene un carácter menos nacional que la anterior, rehúsa las doctrinas de Bakounín y de Most.

La agrupación verdaderamente temible es la *Arbeiterbund*, que desde 1881 se ha constituido en partido anarquista. En él tienen cabida, casi en absoluto, extranjeros de los expulsados y perseguidos por socialistas en Austria y Alemania. El programa práctico de sus miembros es la condenación absoluta como procedimiento de las teorías y de los medios legales, y de la llamada evolución progresiva y la acción constante, el uso continuo de la tea, de la dinamita, del mineral y del petróleo.

Dentro de la unidad cruda de este programa bárbaro y feroz, existen dos tendencias; la de los anarquistas moderados, que sólo quieren que los atentados se dirijan contra los funcionarios públicos del Estado, y la de los violentos, que buscan además la ruina y la muerte de los particulares burgueses, hasta resucitar y glorificar en el mundo social lo que ellos llaman el cuarto Estado. La perversidad en sus últimos límites es, pues, la táctica preconizada por estos bárbaros del siglo XIX, sedientos de pillaje y de sangre humana.

La Memoria del Consejo federal suizo es un documento importantísimo, que guardará la historia. Por eso nos ha parecido oportuno recoger aquí sus principales datos.

Vamos á terminar esta crónica con la noticia de una empresa gigantesca que ahora embarga la atención de los norte-americanos.

Trátase de volar el terrible escollo que se alza junto á *Hell Gate* (Puerta del infierno), y que tanto entorpece la navegación entre el río del Este y la bahía de Long-island, y dificulta el acceso por aquella parte al puerto de Nueva York.

La cantidad de roca que hay que remover es enorme, puesto que su extensión superficial es de 400.000 pies próximamente.

Los trabajos hechos ya para la voladura son formidables.

Hanse construido en el corazón de la roca galerías de 21.670 pies de largo, y se han extraído de ellas 80.160 pies cúbicos de granito. Por medio de taladros de aire comprimido se han hecho en la piedra 13.700 barrenos, los cuales se llenarán á su debido tiempo con el material explosivo que ha de dar la última mano á la obra. Por el centro de las galerías pasa un ferrocarril por el que se lleva la piedra extraída hasta el fondo del pozo de entrada.

La galería principal viene á quedar 50 pies por

debajo del nivel del agua, y de su centro radian las galerías secundarias, que tienen varios centenares de pies de largo: la altura de éstas varía de 5 á 12 pies; pero la de la cámara de la galería central alcanza á 20.

Uno de los obstáculos más graves con que se ha tenido que luchar en esta obra, verdaderamente grandiosa, es la invasión de las aguas del río, al través de goteras más ó menos grandes. Estas aguas se han ido acumulando en un pozo profundo, del cual se han extraído por medio de poderosas bombas.

Se espera para fines de este mes comenzar á cargar los barrenos, operación delicadísima, que, en unión de la mezcla de las sustancias explosivas, se confiará á hombres hábiles y experimentados; porque la mayor parte de la sustancia explosiva que se ha de emplear no es, en puridad, dinamita, sino otra materia más moderna, compuesta de dos ingredientes inofensivos por sí solos. La materia explosiva se introducirá en tubos de cobre, los cuales, después de metidos en los barrenos, serán soldados para mayor seguridad. Preparados los barrenos y debidamente unidos por alambres eléctricos, se inundará la galería, y en el día señalado se verificará con inmenso estampido la obra de destrucción civilizadora.

La cantidad de materia explosiva que va á emplearse pasa de 300.000 libras.

La obra se calcula en un millón de duros.

## CARTA DE ROMA

Roma 30 de Julio de 1885.



ME cabe el gusto de confirmar el interés que aquí despierta la condición sanitaria de nuestra patria, y ante todo debo agradecer al *Círculo de San Pedro* la fraternal caridad con que mandó celebrar un solemne triduo de rogativas en la iglesia de San Ignacio, suplicando al Señor se apiade de nuestra pobre España: fué muy acertado el pensamiento de interponer la intercesión del ilustre fundador de la Compañía de Jesús, por tratarse de un Santo español hacia el cual profesan los romanos mucha devoción, y cuyo sepulcro visitan con frecuencia particularmente en los días inmediatos á la fiesta que anualmente celebra la Iglesia en el día de mañana.

También debo consignar que fueron muy concurridos los cultos celebrados en nuestra iglesia nacional de Monserrat en ocasión de la fiesta del Apóstol Santiago; el sábado ofició de pontifical Mons. Elías Bianchi, Arzobispo de Nicosia, cuyo afecto para España es de todos conocido, después de su larga estancia en nuestro país en los achacosos días de la revolución de Septiembre; por ausencia, y en representación del Sr. Marqués de Molins, asistió á la Misa mayor el primer Secretario con todo el personal de la embajada de España.

Probablemente, los periódicos de esa Corte habrán anunciado que S. M. el Rey se ha dignado conceder la Gran cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III al Emmo. Sr. Cardenal Bartolini, y la Encomienda de la misma Orden á los monseñores Caprara y Rougier, en atención á los servicios prestados con motivo del expediente felizmente concluido con la pontificia declaración de la autenticidad de los restos del Santo Apóstol, encontrados en la Basílica Compostelana; cabalmente, en estos mismos días, el mencionado Sr. Cardenal Bartolini acaba de dar á luz un opúsculo sobre el afortunado hallazgo, y claro es que tiene suma importancia, no sólo por ser trabajo del docto purpurado, tan aficionado á los estudios históricos, sino también porque encierra la refutación más autorizada de los rumores que se echaron á volar contra la lentitud y madurez con que en el delicado asunto procedió la Sagrada Congregación de Ritos, á la que preside el mismo Sr. Cardenal Bartolini.

Despréndese del citado opúsculo que, á mediados de Mayo del año pasado, aunque habían precedido tres años de estudios, consultas y exámenes, dicha Sagrada Congregación no se atrevió á fallar respecto al dictamen del Cardenal Arzobispo de Compostela, y encargó una nueva inspección ocular é interpelación de testigos al Promotor de la Fe, Mons. D. Agustín Caprara, quien al efecto vino á España, y en Santiago y Madrid adquirió muy reservadamente las noticias que debieron llevar al ánimo del Soberano Pontífice la certidumbre de ser auténticos los restos del Apóstol descubiertos en la Basílica Compostelana.

Puesto á hablar de trabajos debidos á plumas cardenalicias, debo indicar también la nueva publicación del Emmo. Sr. Cardenal Hergenroether sobre

los actos del Pontificado de León X. (*I. Regesti di Leone X.*) Sabido es que el actual Pontífice favorece mucho los estudios históricos, á cuyo fin facilitó el examen de los manuscritos preciosísimos que contienen los archivos vaticanos, y nombró una Comisión de Cardenales encargada de fomentar dichos estudios. Figura en ella el mencionado Cardenal Hergenroether, á quien tanto estiman los sabios por las publicaciones hechas en Munich, su patria; y como era de esperar, este señor Cardenal se ha dedicado desde luego á sacar á luz las noticias históricas que más pueden interesar: evidentemente debía llamar la atención el pontificado de León X, ya por los sucesos políticos de entonces, ya por la singular protección que otorgó á las letras y al arte cristiano; con mucho acierto acaba, pues, de publicar el Cardenal Hergenroether los documentos relativos al primer año del Pontificado de León X, poniendo de relieve lo que hizo este Papa para evitar la guerra entre los príncipes cristianos, para preparar una nueva cruzada contra el turco, para proveer á las necesidades de los cristianos de Oriente, para dilatar las Ordenes religiosas, para fundar iglesias, colegios y hospitales, y particularmente para fomentar los estudios superiores en las Universidades.

Respecto á este último punto, por interesar demasiado á los españoles, no he de omitir que entre los recién publicados por el Cardenal Hergenroether figura un documento (tiene el número 4263) que manifiesta el interés y predilección de León X para con nuestra célebre Complutense, fundada por el inmortal Cisneros.

Según lo anunciado, se han celebrado dos consistorios para el nombramiento de nuevos purpurados y sucesiva imposición de insignias cardenalicias: excuso añadir detalles, pues no hubo más novedad que la de no haber acertado los periódicos que en los días pasados venían anunciando con bastantes visos de verdad que León XIII habría reservado *in petto* á dos Cardenales, además de los seis que iba á publicar: se dice que á Francia le ha prometido reservar dos plazas en el Sacro Colegio para otros tantos Prelados franceses; pero la tirantez de relaciones con el Gobierno de París no le ha permitido hacer más.

J. M.

## LA DIÓCESIS DE MADRID Y ALCALÁ



CONSIDERÁBASE á Madrid como rara excepción de todas las capitales: ni tenía Obispo, ni tenía catedral; pues aunque en tiempo del Emperador Carlos V fué expedida la Bula de erección por S. S. León X en 23 de Junio de 1518, por diferentes causas no llegó á realizarse, como tampoco se realizó en 1623 en tiempos de Felipe IV, por más que el día de San Eugenio de dicho año se colocara con gran pompa y solemnidad la primera piedra de la catedral matritense, con asistencia de toda la familia real, número de Prelados, Corporaciones y personas de todas las clases sociales, que con gran entusiasmo vitoreaban á la Virgen de la Almudena, bajo cuya advocación había de erigirse la deseada catedral.

Más de dos siglos pasaron sin que se pensara seriamente en la realización de los deseos de este pueblo tan católico, y sólo en 1851, con motivo del concordato celebrado con la Santa Sede, se trató de la creación del obispado de Madrid, consignándose en el mismo.

Volvieron otra vez á quedar, si no olvidados, al menos sin realización los deseos de S. S., de S. M. la Reina Doña Isabel II, de su Gobierno y del pueblo todo de Madrid.

Por fin, gracias á Dios, y al principiar á realizarse los deseos de la inolvidable Reina Doña Mercedes de erigir un templo á la patrona de Madrid, María Santísima de la Almudena, y al ver el anteproyecto ejecutado para este fin por encargo del eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, nació de nuevo la idea de la catedral, y las negociaciones se reanudaron, y ambas potestades se pusieron de acuerdo, y S. S. el Papa León XIII expidió la Bula *Romani Pontificis Praedecessores Nostri*, instituyendo y declarando la diócesis de Madrid y Alcalá, y el día 25 del pasado mes de Junio, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Apóstol Santiago, patrón de España, tuvo lugar en la colegiata matritense de San Isidro la solemnísimá función religiosa con objeto de dar pública lectura á la indicada Bula.

Desde muy temprano, la nave principal del templo, el crucero y las capillas, se veían invadidas por multitud de fieles que, llenos de santo entusiasmo, querían presenciar el imponente acto. Multitud de arañas y candelabros iluminaban el anchuroso tem-



plo, y el magnífico retablo en cuyo centro se ostenta el arca de plata que encierra los venerandos restos del santo Labrador, patrón de la Villa, que desde el cielo gozaría al ver su querida tierra honrada tan singularmente por el ilustre sucesor de San Pedro.

En el altar sólo se veía la cruz y los siete candelabros de rúbrica y un trono y un dosel de damasco encarnado al lado del Evangelio, un gran circo, cuyos primeros asientos eran ricos sillones de terciopelo encarnado con galones de oro, llenaba una gran parte del templo.

Ricos paños de brocado de oro y encarnado, ornaban la cátedra del Espíritu Santo, y en las credencias se veía un espléndido servicio de altar.

Poco más de las nueve serían, cuando comenzó a poblarse el sitio reservado á los invitados.

En las sillas corales estaban los individuos del Cabildo colegial y el de curas párrocos y ecónomos de Madrid y multitud de sacerdotes, entre los que se distinguían por su posición los individuos del Tribunal de la Rota, el Vicariato y la Visita Eclesiástica.

Presidían el circo los Excmos. Sres. Ministro de Gracia y Justicia, Gobernador civil de Madrid, el Rector de la Universidad Central, siendo acompañados por multitud de personas distinguidas.

Celebró de pontifical el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, y terminada la solemne misa, previa la orden de S. E. I., el secretario del Cabildo subió al púlpito, y con voz clara y solemne, leyó la Bula de S. S., por la que erigía en Madrid una Silla Episcopal, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Almudena, en cuyo templo en construcción había de instalarse, y provisionalmente, y durante las obras, en el templo de San Isidro el Real.

En los veinticuatro párrafos de que consta la Bula razonaba la erección, accediendo á las súplicas que continuamente se le habían hecho á él y á su antecesor, y en justa satisfacción de las necesidades de la Iglesia; determinaba S. S. el número de capitanes de que había de estar dotada la nueva Catedral, sus emolumentos, traje, servicios y derechos y la creación del Seminario conciliar, cuyos estudios recomendaba se inspirasen de la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

Hacíase la demarcación de la nueva diócesis, comprendiendo toda la provincia civil de Madrid, segregando lo necesario de la diócesis de Toledo y una parte insignificante de la de Avila.

Se prevenía cómo en lo sucesivo habían de hacerse las elecciones de capitulares y servidores, y resolvía todas y cada una de las interesantes cuestiones inherentes á la creación de una nueva diócesis segregada de otras preexistentes.

Al leer el Sr. Secretario Capítular el párrafo quinto de la Bula, donde Su Santidad declaraba que la Catedral de Madrid se erigiera en el templo en construcción de Santa María de la Almudena é interin en San Isidro, un murmullo de satisfacción circuló por el pueblo todo, y más de una lágrima de consuelo y satisfacción vimos asomar á los ojos de los hijos de Madrid, que veían prontas á realizarse las aspiraciones de sus antepasados y sus deseos más sinceros.

Terminada la lectura de la Bula de Su Santidad, leyó el indicado Sr. Secretario el decreto, por el cual el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Rampolla, Arzobispo de Heráclia, en virtud de lo mandado por Su Santidad, nombraba para todo lo relativo á la erección de la nueva diócesis al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid, y acto seguido el decreto de este Excmo. é Ilmo. Sr., en que así lo ejecutaba.

Concluida la lectura de este decreto, se cantó un solemnisimo *Te Deum*, terminando la ceremonia entre las enhorabuenas y plácemes de todos, que se consideraban dichosos por haber tenido ocasión de presenciar un acto por todos deseado, y que es una prueba más de la misericordia divina y la bondad é interés constante que por España demuestra el sucesor del Príncipe de los Apóstoles, el sabio, virtuoso y prudente Santo Padre Leon XIII.

#### LA ENTRADA DEL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.



El día 2 del corriente á las cinco y media en punto de su tarde llegó á esta capital el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid: media hora antes el andén de la estación del Norte se veía poblado de multitud de Corporaciones y personajes, que solícitos acudían á saludar á su virtuoso y sabio Prelado.

El Gobernador civil de la provincia, el Alcalde con gran número de Regidores y Tenientes de Alcalde, los Secretarios del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad con varios Auditores de la Rota, el Vicario

visitador eclesiástico con su tribunal; comisiones de los curas párrocos y corporaciones civiles y religiosas; otra de la encargada de construir el templo catedral de Santa María de la Almudena; la Juventud católica casi en masa; Academias, catedráticos y personas distinguidas de todas las clases sociales, esperaban ansiosas la llegada del tren especial que conducía á S. E. I., llegando con toda puntualidad en medio de demostraciones de alegría en la que el pueblo tomó parte no escasa, lanzando al aire multitud de voladores.

Con S. E. I. venía una comisión del cabildo de Madrid, compuesta del distinguido catedrático señor Menéndez y los curas párrocos de San Ildefonso y San José; y acompañaba también al Sr. Obispo otra comisión de religiosos dominicos.

Al bajarse del salón fué saludado por el Gobernador civil, Alcalde y demás autoridades, entre las cuales vimos algo conmovido al distinguido catedrático Sr. Galdo, que había tenido la dicha de serlo del Rdo. Prelado.

Besado que hubieron el anillo de S. E. I. una gran parte de los concurrentes, montó éste en un precioso coche de la Casa Real, tirado por seis briosísimos caballos, y seguido de todos los que hubieron salido á recibirle, se dirigió por la calle de Bailén, plaza de la Armería, calle Mayor á la iglesia del Sacramento, donde provisionalmente está establecida la parroquia de Santa María de la Almudena.

Fué recibido S. E. I. por otra comisión del Cabildo, y tomando un Santo Cristo en la mano se dirigió al presbiterio, y orando brevemente depositó el Santo Cristo sobre el altar dirigiéndose al sitio que le estaba destinado, que era un sillón con reclinatorio colocado al lado de la Epístola, pues al del Evangelio y bajo rico dosel encarnado estaba el Excmo. Sr. Arzobispo de Valladolid. Este abandonó su trono yendo á abrazar tiernamente á su hermano de Madrid-Alcalá, del que recibió el juramento acostumbrado.

Revisióse de pontifical S. E. I., y con espléndido acompañamiento de clero parroquial con cruces alzadas, sacramentales y cofradías con lujosísimos estandartes y pendones, Diputación provincial, Gobernador civil y Ayuntamiento y cuantos habían estado en la estación y esperado en la iglesia, se dirigió procesionalmente á la interina Catedral de Madrid, insigne colegiata de San Isidro, bajo rico palio llevado por ocho Regidores del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, cuyos dependientes todos, daban escolta y abrían paso á la solemne comitiva. Dirigióse ésta por la calle Mayor, Ciudad-Rodrigo, Plaza de la Constitución y calle de Toledo á la dicha colegiata.

Las casas del tránsito estaban vistosamente colgadas, y en los balcones se veían apiñados grupos de curiosos que en grandes masas también llenaban las vías públicas, rebotando en todos los semblantes la más pura alegría, la satisfacción más completa.

Cerca de las siete serían, cuando el murmullo de la apiñada muchedumbre que llenaba el anchuroso templo de San Isidro, y el repicar de las campanas y los ecos del órgano anunciaban al pueblo que el Prelado matritense llegaba por primera vez á su catedral interina.

Entonces por todo el clero acompañado del órgano un solemne *Te Deum*; terminado que fué, así como el acto de toma de posesión, el secretario del Cabildo colegial desde el púlpito, leyó la concesión que S. E. I. hacía de cuarenta días de indulgencia verdadera á los que habían presenciado el acto, y pidieran por las necesidades de la Iglesia y del Estado. Y para terminar el acto religioso dió el moderno Obispo la bendición al pueblo, cuya dirección espiritual se le encomendaba, dando S. E. I. á besar el anillo á cuantos tuvieron la dicha de podersele aproximar, y bajo palio como había ido, salió de la iglesia con gran dificultad á causa de la efusión de sus diocesanos, que á miles y miles querían tener la dicha de conocerle y recibir su bendición.

S. E. I. llegó con gran trabajo y en el mismo coche que hizo su entrada al palacio episcopal, acompañado de las autoridades, que, todas á porfía, han demostrado, así como el pueblo de Madrid, lo acendrado de sus sentimientos católicos.

Los redactores todos de la ILUSTRACIÓN CATÓLICA, hondamente conmovidos, ofrecen con este motivo humildemente su filial adhesión al primer Prelado matritense; pidiendo al Dios de las misericordias le proteja y ampare en el santo, pero penoso encargo recibido de Dios y de la Santa Sede, y haga que por mediación de la Santísima Virgen de la Almudena en el día de hoy se inaugure para Madrid una nueva era de paz y de caridad, de fe y entusiasmo religioso, como le sintieron nuestros padres, produciendo nuevos santos y nuevos cristianos

escritores y artistas, cuyas eñigies pueblen nuestros altares, y cuyo renombre llegue á todos los ámbitos de la tierra.

#### EPISODIOS DE LA EPIDEMIA



LLÁ en los límites de la provincia de Cáceres, no muy alejado de la Calzada de Oropesa, y perteneciendo á la diócesis de Avila, existe un desgraciado pueblo en que se ceba cruelmente la epidemia reinante.

Sus límites tomaron respecto de él una actitud tan cruel y poco humanitaria como la de los pueblos de la Edad Media con los desgraciados leprosos.

Yacía en el más completo abandono, careciendo de recursos así espirituales como materiales.

Sus habitantes habían abandonado sus pobres habitaciones y se habían instalado en mezquinas cabañas formadas de ramas de árboles, donde los rayos del sol durante el día, el relente durante la noche, hacían dura su existencia. El terror se había apoderado de los infelices habitantes de El Gordo, y todo les parecía mejor que las casas donde habían sucumbido los seres más queridos de su corazón.

La miseria se iba apoderando de todos, y aquel pueblo agrícola, donde antes solo reinaba la paz y la alegría, había visto descender sobre él el ángel de la muerte, y creyéndose abandonado por todos, había cambiado su aspecto; había vuelto á la edad primitiva; la duda y la desconfianza reinaba en sus corazones, y aislados por insensatos acordonamientos, veían acrecentarse diariamente sus padecimientos.

Por fin, el día 30 del pasado al toque de oraciones, y marcándose sobre el fondo de fuego del sol poniente, vieron dibujarse la silueta de un grupo bienhechor; distinguieron perfectamente dos sacerdotes que alegres y resueltos se adelantaban hacia el pueblo infestado; uno de ellos, bajo de cuerpo como alto de ánimo, marchaba delante; llevaba un bastón en el que no se apoyaba, sirviéndole sólo para apartar las malas hierbas que en el camino encontraba; el otro, algo más alto, presentaba un aspecto curioso en extremo; en sus anteojos reflejábanse los últimos rayos del sol, y parecía que en su oscura faz había colocado Dios dos ojos de fuego, y por su negro traje y su diligente paso, quizás en otros tiempos hubiera forjado la imaginación popular espantable leyenda.

No nos detendremos á describir el resto del pequeño grupo y sólo nos ocuparemos de los dos personajes citados.

Al llegar á El Gordo, sus habitantes salieron de sus lugares entre espantados y admirados. Como en los descubrimientos de pueblos desconocidos, los hombres asomaban sus cabezas entre las ramas de las cabañas, con aire de temor y desconfianza. Las mujeres y los niños, más inocentes y más curiosos, se adelantaron y... prorrumpieron en gritos de entusiasmo al reconocer en los dos sacerdotes al reverendo Obispo de Avila y á su secretario de órdenes, que al ver el abandono y el dolor de una parte de su rebaño, no había titubeado en abandonar precipitadamente su palacio episcopal, cambiándole gustosísimo por la apestada casa de El Gordo, con tal de prestar ayuda y consuelo á sus pobres diocesanos.

Todo el pueblo abandonó sus chozas, y las lágrimas de gratitud y de consuelo brotaban á raudales de los ojos de aquellos infelices que, á fuerza de llorar, habían olvidado hacerlo.

El Prelado repartía abrazos y bendiciones, y aquel pueblo, vió renacer sus esperanzas, no siendo posible pintar el loco entusiasmo que se apoderó de aquellas gentes, ni los trasportes de alegría y agradecimiento á que se entregaban al recibir aquella gran prueba de amor y de caridad de su buen Obispo.

Al día siguiente se celebró misa de *Requiem* por los que habían fallecido, y el heroico Prelado ocupó la cátedra del Espíritu Santo, dirigiendo al pueblo de El Gordo una plática como sólo él sabe hacerlas. Pintóles la cólera divina por el desconocimiento de la verdad y la relajación de nuestras costumbres, díjoles que no era extraño se apartara el Señor de nosotros, cuando nosotros nos apartamos tanto de Él, y su palabra, una vez dulce y persuasiva; otra, potente, y dura, y aguzada, iba hiriendo los corazones de aquellos desgraciados cuyos ojos se abrían de nuevo á la fe, muy enfiada, si no perdida, por el dolor y el abandono.

Reanimó sus esperanzas haciéndoles ver que, aunque algunos los abandonan, otros sufren con ellos y por ellos, y llamando á las puertas de la caridad, esta virtud acudió llena de luz é inundó con ella los corazones de todos, y aquel pueblo desgraciado, triste, desconfiado, casi iracundo, volvió en sí, y des-



arrugando el ceño, desaparecida la mirada torva, la-  
ció el casi erizado cabello, se transformaba por mo-  
mentos; y las protestas de gratitud, de fe y de cari-  
dad y de amor, se repetían sin cesar.

Dispúsose una procesión por la tarde en honor de  
San Roque, para conseguir que el Señor hiciera  
cesar el castigo, y por la noche... por la noche el  
señor Obispo de Avila escuchó en confesión á  
casi todos sus amados hijos de El Gordo, que  
deseaban hacer al día siguiente una comunión ge-  
neral.

¡Quiera Dios escuchar las súplicas que le dirigen  
los desgraciados habitantes de aquel pueblo y su  
ilustre y bondadoso Prelado!

Para terminar. Uno de los que tuvieron ocasión  
de oír al Prelado de Avila nos ha referido que, con  
sencillez suma, sonriente y satisfecho, contaba los  
episodios de su viaje.

«Salimos, les decía, de Madrid á las nueve, y á las  
diez y media llegamos á Villaluenga, donde nos de-  
tuvieron bajo un sol abrasador hasta las dos de la  
tarde, y sin auxilio de ninguna especie.

«En ningún punto del tránsito quisieron reci-  
birnos.

«En Oropesa querían llevarnos al lazareto, y á  
duras penas pudimos proporcionarnos tres borriqui-  
llos para proseguir nuestro viaje.

«En tal cabalgadura llegamos á Lagartera, donde  
tampoco nos dejaron entrar, pero nos proporciona-  
ron un carro de llevar abonos, y en él montaron,  
llegando luego á la Calzada de Oropesa.

«Antes de llegar salieron á recibirnos dos hom-  
bres armados de garrotes.

— ¡Alto el carro! — exclamaron. — ¡La cédula  
de sanidad!

— «No la tengo — dijo el señor Obispo. — Somos  
pasajeros que marchamos á otra localidad en cum-  
plimiento de nuestro deber.

— «Pues siga el carro — dijo el hombre del ga-  
rrrote — pero sin pararse un momento en el pueblo  
ni aun para que beba el ganado.

«Siguió el carro, y al carro siguió el hombre del  
garrote, vigilándolo hasta el otro lado del pueblo.

«Así siguió hasta dos kilómetros de El Gordo,  
donde el dueño del carro nos rogó le dejaran vol-  
ver, pues de llegar al pueblo quizá no encontraría  
donde le acogieran.» Y el señor Obispo de Avila y su  
compañía siguieron á pie llenos de alegría, pues se  
iban á hallar luego en medio de sus desgraciados  
hijos. ¡Que Dios bendiga y ampare al que así cum-  
ple su misión sobre la tierra!

## LOS GRABADOS

MONSEÑOR PERRAUD

Obispo de Autún, Director Presidente de la Academia Francesa.

A pesar de las malas doctrinas que hoy dominan y se en-  
señorean de la sociedad francesa, las glorias más legítimas  
de que con razón puede enorgullecerse Francia son glorias  
católicas. No ha mucho tiempo que publicábamos el retrato  
de Lenormant, el primero de sus arqueólogos, el de Dumas,  
el primero de sus químicos, ambos sabios eminentemente ca-  
tólicos.

Hoy podemos añadir más, y es que la Academia Francesa  
está presidida por un Obispo. Mons. Perraud entró en esta  
docta corporación el 19 de Abril de 1883, llevando como tí-  
tulo á este alto puesto una fama literaria de primer orden.  
Gran helenista, gran latino el joven Prelado, que frisaré con  
los 45 años, ha escrito obras de reconocido mérito, entre las  
que deben citarse los *Yambos*, que le adquirieron gran fama  
entre los literatos.

No vamos á escribir aquí su biografía, porque á nuestro  
propósito basta el consignar que Mons. Perraud, Obispo de  
Autún, es astro de primera magnitud en el cielo encapotado  
y tormentoso de la Francia contemporánea.

### UNA NOCHE DE LUNA EN VENECIA

Ninguna explicación mejor á este grabado, que los si-  
guientes versos de Tassara:

.....  
Venid y contemplemos la nueva Galatea,  
Que en el cálido espejo ostenta su beldad;  
La cándida nereida de amores se rodea,  
Más bella pescadora no vió la antigüedad.  
¡Oh! ¡Como el sol derrama su ráfaga más pura,  
El más bello crepúsculo, la aurora más gentil,  
En esas blancas playas que, ardientes y seguras,  
Las conchas son las flores de su perpetuo abril!

¡Oh! ¡Como si esas playas agita la tormenta  
La luna, difundiendo su lumbre en rededor,  
Con su inmortal mirada la tempestad ahuyenta,  
Y atando el mar parece con su alba ceñidor!

En las serenas noches al tembloroso rayo  
Que angosta el alto cielo, que angosta el bajo mar,  
En rápidos bateles que en lánguido desmayo  
Las juguetonas linfas parecen arrollar;

Pintándose en la blanca llanura cristalina  
Con fulgido, temblante, fantástico vaivén,  
Como impalpables formas de aparición divina,  
Se ven sombras y sombras, cruzar, cruzar se ven.

Y vuelven, huyen, giran, y piérdense á lo lejos,  
Y rompen la distancia, y vienen y se van,  
Y el golfo iluminado del astro á los reflejos  
Semeja red de perlas donde fluctuando están.

### EL ANGEL DE LA GUARDA

Cuadro de H. Kaulbach.

Kaulbach es uno de los más insignes pintores alemanes,  
que inspirándose en el arte cristiano de la Edad Media, ha  
sabido ejecutar obras donde resplandece el más alto idealis-  
mo con la más perfecta corrección clásica. Kaulbach cuenta  
entre sus obras famosas *La llegada de los cruzados á Jerusa-  
lén*, reproducida ha tiempo en nuestra revista, *El martirio  
de cristianos á presencia de Nerón* y *La guerra de los hunnos*,  
magníficos cuadros que bastarían para inmortalizar su fama.  
No es menos bello, aunque pertenece á un género dulce y  
apacible, su *Angel de la Guarda*.

La composición no puede ser ni más sencilla ni más  
poética. En la ausencia de la madre, que velaba junto á la  
cuna de su hijo ocupada en domésticas labores, el Angel  
de la Guarda desciende al lado del inocente niño para  
guardar su sueño, y mientras con una mano lo mece amo-  
rosamente, se recrea contemplándolo tiernamente dormido  
con el purísimo sueño de la inocencia.

La figura del Angel es bellísima; el sueño del niño ofrece  
una verdad encantadora, y los accesorios de la escena con-  
curren á embellecer el cuadro, del que los ojos no saben  
apartarse.

Kaulbach, como todos los grandes genios de la pintura,  
han hallado su mejor y más alta inspiración en las escenas  
de la Religión y de la vida cristiana.

### EL NUEVO CARDENAL MONSEÑOR MELCHERS

Este insigne Prelado nació en Münster el 6 de Enero  
de 1813. Terminados los estudios se doctoró en Teología, y  
poco después fué nombrado Canónigo de Münster, y más  
tarde Deán. También fué Consejero episcopal y Vicario ge-  
neral de la misma ciudad y diócesis. En el Consistorio del 3  
de Agosto de 1857, celebrado en Bolonia, durante el viaje  
triumfal de Pío IX por las provincias de sus Estados, fué  
preconizado Obispo de Osnabruck. Vacante en 1865 la ige-  
sia metropolitana de Colonia, el mismo Pontífice en el Con-  
sistorio de 8 de Enero de 1866 le trasladó á ella.

Esta Sede arzobispal es la principal entre las diócesis de  
Prusia, y su importancia había aumentado considerablemen-  
te después de las luchas sostenidas bajo los pontificados de  
León XIII, de Pío VIII y de Gregorio XVI por los Arzobis-  
pos Droste de Vischering y Geissel contra el Gobierno pru-  
siano. Melchers siguió las huellas de estos varones apostóli-  
cos con gran caridad. Desde que se creó el Imperio germá-  
nico y se promulgaron las leyes de Mayo, fué ardentísimo  
en la defensa de los derechos de la Iglesia y en sus protes-  
tas contra las usurpaciones del Gobierno prusiano. De aquí  
su destierro, en el cual ha vivido hasta que ha sido llamado  
á Roma por León XIII para tomar asiento en el Colegio de  
Cardenales.

### LO QUE RESTA DEL CASTILLO DE CASTRO-TORAFE, PROVINCIA DE ZAMORA

Se halla situado en la margen derecha del Esla, á 3 kiló-  
metros de San Cebrian de Castro y á 20 de Zamora.

He aquí la descripción que hace de estas ruinas una pu-  
blicación militar, cuya competencia en este asunto es indis-  
putable. El castillo fué de planta rectangular, con dos órde-  
nes de defensas, interior y exterior. El exterior consistía en  
un fuerte murallón almenado, con cuatro torreones circula-  
res en los ángulos; y el interior, aislado completamente, se  
compone de otros cuatro grandes torreones de mayor eleva-  
ción, unidos por gruesas murallas, que resguardaban la  
plaza de armas y servían de defensa del puente, que unía las

dos orillas del río. Estas obras de mampostería con sillares  
en los ángulos, pertenecen á dos épocas distintas, probable-  
mente á los siglos XI y XV.

Los restos del puente son los más antiguos; pertenecen á  
la época romana, y son, sin duda alguna, de las grandes  
vías de comunicación construidas por la poderosa Roma, y  
que cruzaban por *Vieum Aquarium*, villa de gran importan-  
cia hasta el siglo XV, conocida con el nombre de Castro-  
Torafe.

Esta célebre villa ha sido teatro de grandes contiendas.  
Se dice que Alfonso VII la mandó asolar y sembrar de sal,  
por haberse rebelado contra él y puesto en peligro su vida.  
En el siglo XIV aparece repoblada y perteneciente á la Or-  
den militar de Santiago. El rey don Pedro la cedió, en  
prueba de su lealtad, á Men Rodríguez de Sanabria, y éste  
la conservó hasta que don Enrique de Trastámara mandó  
destruir sus fortificaciones.

Vuelta á reedificar, fué sitiada y tomada por los portu-  
gueses en 1475, quienes la ocuparon hasta que la recobra-  
ron los Reyes Católicos, devolviéndola á la Orden de San-  
tiago, siendo comendador el mariscal Alfonso de Valencia.

Añadamos por nuestra cuenta dos palabras más.

Este castillo, como todos los de igual clase erigidos en  
nuestra patria, obedecían á un plan perfectamente combi-  
nado de defensa, y de tal suerte estaban dispuestos que po-  
dían mutuamente socorrerse y formar una inquebrantable  
cadena de resistencia, que al propio tiempo que servía de  
apoyo para las operaciones militares, daba seguridad y re-  
poso al territorio reconquistado. No eran nuestros castillos  
como en otras naciones, fortalezas feudales; sino más bien  
reductos militares destinados á la reconquista de España  
dominada por los árabes. Por eso son raros los que ofrecen  
grandes comodidades y restos artísticos de la opulencia feu-  
dal; la mayor parte son como el de Castro-Torafe, severos  
castillos de gran solidez, pocos de ornatos, de carácter ex-  
clusivamente marcial, verdaderas rocas donde se estrellaban  
las olas de las invasiones agarenas.

## DEUS EST CHARITAS

### I

**N**o vienen las grandes calamidades por ca-  
sualidad, ni única y exclusivamente como  
castigo.

Aunque son inescrutables los designios  
de la Providencia, déjanse adivinar en ocasiones y  
tal vez se manifiestan con luz tan esplendorosa que  
el menos temerario puede presumir de conocerlos.

En una época como la presente en que á los mi-  
nistros de Dios, y á las órdenes religiosas y á cuan-  
to hace relación con la Iglesia de Jesucristo se les  
declara guerra á muerte, al mismo tiempo que la  
filantropía y el masonismo alardean de sustituir con  
ventaja á la Religión en su oficio de bienhechora  
de la humanidad, parece lógico y natural que Dios  
haya querido poner una piedra de toque al alcance  
de todas las manos á fin de que se vea en cuáles  
está el metal precioso y en cuáles el falso.

Y á fe que no tratándose de caridad y amor al  
prójimo, no sé ya que haya piedra de toque más se-  
gura que una epidemia. Ahí se ve al valeroso y al  
fanfarrón: ahí al que desprecia su vida por atender  
á la del prójimo, y al que desprecia la del prójimo  
por atender á la propia: ahí al que no espera ni  
quiere más recompensa que la del cielo, y al que  
haciendo de tripas corazón, arrostra algún peligro  
por obtener un buen premio en la tierra.

Es un gran campo de batalla abierto á las mira-  
das de todo el mundo, donde el heroísmo y la co-  
bardía, la fe y el descreimiento, la abnegación y el  
amor propio, la caridad y la filantropía se encuen-  
tran frente á frente y luchan en solemne certamen  
por ver quién posee aquel espíritu de verdad que  
en las grandes acciones humanas es la nota caracte-  
rística de su divino origen.

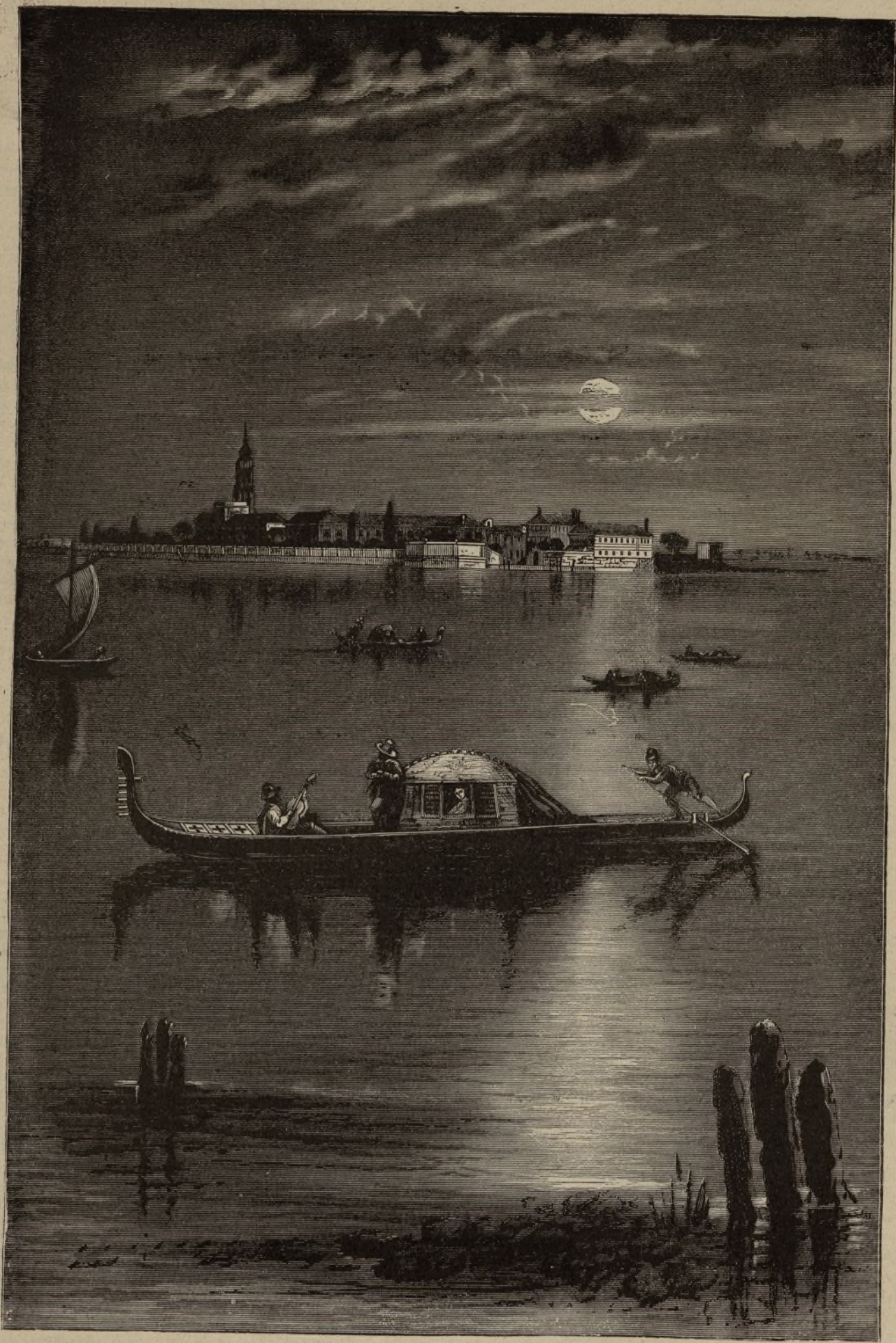
Desgraciadamente para la salud del cuerpo, y  
quizá afortunadamente para la salud de muchas al-  
mas y para la gloria del sacerdocio, el certamen  
está hoy abierto en numerosas provincias de Espa-  
ña. La muerte lo preside y el mundo lo contempla.  
¿De quién es la victoria?

### II

Pocas veces la opinión pública ha sido más uná-  
nime, porque hasta los adversarios de la Religión y  
del clero, no han tenido más remedio que someter-  
se á la evidencia y confesar el triunfo de los perpe-  
tuos calumniados.

¡Obispos regalones! ¡Curas egoístas y viciosos!





UNA NOCHE DE LUNA EN VENECIA.

¡Monjas inútiles! ¿Dónde estáis? ¿Habéis huído de los puntos apesados? ¿Habéis cerrado á piedra y lodo las puertas de vuestras casas y las de vuestro corazón endurecido? ¿Recogéis los tesoros acumulados por vuestra codicia, esas herencias que sorprendéis en la cabecera de los moribundos, esas dotes que sonsacáis á vuestras penitentas, esos honorarios que exigís á vuestros feligreses, y con todo ello, pidiendo al terror sus alas, habéis ido al extranjero á divertirlos mientras vuestros hermanos se agitan á millares en el lecho de la muerte?

¡Ah! Pueden contestar á estas preguntas los pueblos invadidos, las autoridades civiles, los mismos escritores revolucionarios, todos los cuales á una voz han dicho que Obispos, sacerdotes y religiosas, olvidándose por completo de sus personas, se han entregado en cuerpo y alma al rudo trabajo del enfermero, del confesor, y aun del médico y del boticario, cuando ha sido menester.

Limosnas de dinero, limosnas de consuelo, limosnas de amor, todas esas limosnas sin número que constituyen el santo ejercicio de la caridad, han sido

prodigadas por Obispos, sacerdotes y religiosas.

Ante ese espectáculo maravilloso, la calumnia vencida ha tenido que morder el polvo y el odio satánico que disimular su rabia con un silencio estudiado que, en medio del clamor general de los pueblos agradecidos, sólo consigue hacerse más despreciable á los ojos de la honradez.

Calla el odio por no confesar su derrota; pero habla la gratitud universal y clama la admiración de todos los corazones generosos, y esas grandes voces están diciendo al mundo:





EL ANGEL DE LA GUARDA.—Cuadro de H. Kaulbach.

No hay fraternidad verdadera, no hay caridad sino en Jesucristo y por Jesucristo. Él es la caridad en su esencia: por Él los Obispos, los sacerdotes y las religiosas hacen esos milagros de amor, esos sacrificios que suele realzar el anónimo y que la modestia embellece con la hermosura de los ángeles: *Deus est charitas*.

## III

La Providencia, que con estos castigos quiere salvar á muchas almas y recompensar á muchos justos, quiere también sin duda alguna que resplandezca en la abnegación de los escogidos la gloria de la caridad, que es la gloria misma de Dios.

Hay entre los impíos empeño manifiesto en divorciar á Dios y á Jesucristo de los grandes actos del hombre.

La caridad, según ellos, es un sentimiento natural en que no tiene parte ninguna la gracia de Dios,

ni el amor á Jesucristo. Hay que amar al hombre por el hombre mismo, sin tener puesta la mira en las cosas del otro mundo.

Y en efecto; ya se ve lo que da de sí el sentimiento *natural* de la caridad y el amor al hombre por el hombre mismo. Apenas hay uno de los que entienden así la caridad que en los momentos de peligro no haya abandonado el campo de batalla, dejando la tarea de entenderse con el enemigo á los que todo lo hacen por amor de Jesucristo y por la gloria de su nombre.

¿Y qué otra cosa puede esperarse de ellos? Más *natural* que el sentimiento de la caridad es el de la propia conservación, y más que amar al prójimo por su buena cara, se ama uno á sí mismo. ¿Se borra todo lo que la fe ha escrito en la bóveda de los cielos? ¿Se suprime el mundo sobrenatural y nos quedamos únicamente con lo que ven nuestros ojos? Pues no hablemos de principios morales, ni de abnegación, ni de sacrificios por el bienestar ajeno.

Nos defenderemos mutuamente ó en colectividad cuando de esto obtengamos ventaja personal para nosotros mismos; pero si no, mire cada cual por sí y gobiérneselas como pueda, que si ni el alma ni el cuerpo han de ganar nada con exponer la vida, lo racional es cuidarla aunque las demás corran riesgo de perderse.

La lógica de la caridad *natural* es esta, y por eso semejante *virtud* es infecunda como todos los seres híbridos.

Pero la otra caridad, la verdadera, la cristiana ¿puede confundirse con ésta, ni merecer el nombre de sentimiento natural con que los impíos pretenden robar á Jesucristo su mérito y su gloria?

Sería tan inexplicable como el misterio mismo de la gracia. Los Obispos, los sacerdotes y las religiosas de España, que causan la admiración de todos, hacen, poco más ó menos, lo mismo que el año pasado hicieron los Obispos, los sacerdotes y las religiosas de Francia y de Italia, cuando la epidemia



castigaba sus costas; lo mismo que hacen Obispos, sacerdotes y religiosos en el extremo Oriente en casos parecidos: lo mismo que hacían los Obispos, sacerdotes y religiosos del pasado siglo y de los siglos anteriores, y harán los de los siglos venideros. Son hombres, por lo visto, de raza ó de naturaleza especial, si ha de buscarse en la naturaleza la explicación de esta uniformidad de heroísmo en una clase determinada de la sociedad.

Y sin embargo, á esos hombres los hemos conocido, antes de ser sacerdotes, con todas nuestras debilidades y flaquezas. Llevan sobre sus huesos nuestra misma carne, y sobre su carne la misma señal de la primitiva culpa que llevamos todos. ¿Cómo se comprende que esa heroica abnegación que nos asombra sea regla general en ellos, y excepción muy notada en los demás?

Es que no son ellos: es que en ellos vive Jesucristo, y Jesucristo hace esos milagros de amor, esos desprecios de las cosas terrenas que el mundo no comprende, porque el mundo, enemigo del alma, no conoce ni quiere conocer á Jesucristo.

Y como en ellos es siempre la misma Persona divina la que obra, es decir, su misma gracia y su mismo amor, resulta que los efectos han de ser en todos, en todas partes y en todos los tiempos completamente idénticos.

¿Quién sabe si más aun para que esta gran verdad se reconozca que para castigo de los pueblos, manda Dios esa peste asoladora que se burla de la previsión de los hombres como de las presunciones orgullosas de la ciencia?

Claro está que hay una raza de gentes que ni á fuerza de milagros doblan la cerviz á la evidencia: son los duros de corazón y soberbios de espíritu. Esos no han escatimado elogios ciertamente á Obispos, sacerdotes y religiosos, y hasta han hecho admirables pinturas de las Hermanas de la Caridad, comparándolas con los mismos ángeles del cielo. Pero esos ciegos voluntarios, esos soberbios impenitentes, ¿ignoran que á las Hermanas de la Caridad, como á los sacerdotes y á los Obispos, les tienen sin cuidado las alabanzas del mundo? ¿No advierten que casi siempre se suprime el nombre de esas heroínas? ¿No reparan en que de ordinario la noticia de todos los actos caritativos á estilo cristiano comienzan: *El Obispo de tal parte... El párroco de tal pueblo... Las Hermanas de la Caridad de tal punto...* lo cual quiere decir que no es un *Fulano de tal*, que no es siquiera una persona, sino una institución la que obra esas maravillas de amor al prójimo?

Detenerse en la simple alabanza de los individuos, cuando se trata de un hecho universal que comprende á toda una clase, es empeñarse en no ver la luz que se tiene delante de los ojos.

Yo no sé si ningún hombre de buena fe y de mediano entendimiento, podrá explicarse anticatólicamente el hecho de que hoy, como en los primeros días del cristianismo, la Religión que tiene su centro de unidad en Roma, sea la *única* en la cual el martirio por Dios ó por el prójimo (en consideración á Dios) se mire como una cosa ordinaria y natural.

Ella sola, la Religión católica, apostólica, romana, con exclusión absoluta de todas las sectas, ha dado millares y millares de mártires en el circo, en las mazmorras y en la plaza pública; entre los pueblos salvajes, en los campos de batalla, en los hospitales, y donde quiera que la persecución, en dolor, la esclavitud, el odio ó la enfermedad, han necesitado víctimas en que saciarse.

Ella sola, oídlo bien; ella sola, y ninguna otra de las conocidas. Niegue el incrédulo los misterios que la fe enseña; pero explique éste con razones del orden puramente natural.

¡Ah! No: no es el hombre emancipado de Dios el que hace semejantes milagros: no es el hombre con sus miserables fuerzas el que eleva á la raza humana á la altura en que residen los ángeles: es la gracia de Jesucristo que al derramarse, como óleo santo, sobre el espíritu de los que sinceramente le aman, los transfigura y diviniza, por decirlo así, cumpliéndose al pie de la letra la infernal y sarcástica promesa del tentador del primer hombre: *eritis sicut dii*.

Como dioses son, en efecto, los héroes de la caridad, porque llevan á Dios consigo, y en Dios tienen puesto su corazón y para Dios quieren la gloria y el honor y la alabanza del mundo, y por Dios se arrancan el pan de su boca en beneficio de los pobres, y pierden la salud y la vida á la cabecera de los enfermos.

*¡Deus est charitas!*

VALENTÍN GÓMEZ.

## A SAN IGNACIO DE LOYOLA

### ODA

Sagrada luz, inspiración ardiente,  
del arte soberana creadora,  
que en el sublime espacio de la idea  
vívida centellea:  
pide un destello á la divina mente  
y al cantor querubín su arpa sonora,  
tu vivo fuego que el amor inflama  
prenda en mi pecho abrasadora llama,  
y henchida el alma de entusiasmo santo  
con sacro ardor entonaré mi canto.

No he de alabar, no he de alabar el brillo  
que corona la frente del tirano,  
ni los laureles que gozoso ostenta  
tras batalla cruenta  
de sangre ornados el audaz caudillo;  
ni los emblemas que el orgullo humano  
despiertan delirante y enaltecen;  
yo á las virtudes que gigantes crecen  
en el alma cristiana y española,  
yo he de cantar á Ignacio de Loyola.

A ti, Santo español que al dulce aliento  
de la divina gracia salvadora,  
del bajo suelo la mirada alzaste  
y al cielo la elevaste,  
buscando en el azul del firmamento  
de santa vida la brillante aurora:  
á ti, genio cristiano, que naciste  
con valor español, y que pusiste  
de la Iglesia en la frente inmaculada  
la corona por Cristo preparada.

La Madre universal de las naciones  
gemía devorando negro duelo,  
la Esposa celestial de Jesucristo  
jamás había visto  
con tanto ardor bramar á las pasiones,  
ni el llanto del temor y el desconsuelo  
tan amargo vertió: nuevos errores  
con negros y fatídicos horrores  
la Iglesia santa con dolor veía  
nacer gigantes con audacia impía.

Satán furioso desde el hondo abismo  
saciar anhela su rencor inmenso,  
y á luz asciende, conmoviendo al mundo  
en vértigo profundo.  
« Los hombres, dice, odiando al Cristianismo,  
á mi nombre inmortal quemen incienso;  
mil almas al Empíreo destinadas  
sean por mi furor arrebatadas  
y llenen mis vasallos el Infierno...  
¡Vergüenza para el Hijo del Eterno! »

Y un hombre desdichado se levanta  
corrompido, procaz, blasfemo, impío,  
á quien el genio audaz de la mentira  
presta vigor é inspira:  
negra bandera cuya sombra espanta  
desplega al viento en loco desvarío;  
y ya la Iglesia atónita, intranquila,  
sobre su base divinal vacila  
desolada al oír de acento vario:  
*grito de guerra á Cristo y su Vicario.*

No ha de vencer, de la mansión divina  
la puerta hirió la voz irreverente,  
y de celeste luz la faz bañada,  
benévola mirada  
al mundo el Padre bondadoso inclina.  
La paz el fiel dentro del alma siente  
previendo roto el triste cautiverio  
de Lucifer y su fatal imperio,  
y en el cielo resuenan las canciones  
que anuncian vida y paz á las naciones.

Tiembla Luzbel, que mira su pujanza  
débil hundirse por el cielo herida,  
y sembrando doquier el fanatismo,  
en el ardiente abismo  
ciego y airado con furor se lanza:  
por Jesús en el aire enaltecida,  
cual signo vencedor en la pelea,  
de salvación la cruz santa campea,

y la bandera del Señor tremola  
en manos del soldado de Loyola.

Bajo esa enseña y á la voz potente  
de Ignacio mil apóstoles nacieron  
de Oriente, Ocaso, Norte y Mediodía:  
brotó la *Compañía*  
de Jesús, y al contemplarla enfrente  
su paso de gigante detuvieron  
los hijos del apóstata: nacida  
para luchar la grey esclarecida,  
ve cómo el mal desordenado avanza  
y á la lid y á la gloria se abalanza.

No importa que aquel siglo á quien combate  
bravo coloso de espantable brío,  
de hercúleo brazo y alta frente, sea  
temible en la pelea.  
No importa que satánico no acate  
de Dios el invencible poderío...  
que ya en los de Loyola se difunde  
divino impulso, y en sus venas cunde  
el ardor de titánica batalla,  
que al mal opone gigantesca valla.

Sublime institución, la lucha ardiente  
tu vida fué, tu galardón, tu gloria:  
jamás, jamás te contempló vencida  
ni débil abatida  
la licencia procaz; orla tu frente  
la diadema inmortal de la victoria:  
siempre fecunda diste en paz y en guerra  
santos al cielo y héroes á la tierra,  
y en sus ecos el viento de la fama  
de polo á polo tu grandeza aclama.

Tú sepultadas en tinieblas viste  
de hermanos nuestros horribles legiones,  
y de tu seno el noble misionero  
sin malla y sin acero  
partió á cumplir mandato que le diste:  
sus armas son palabras y oraciones,  
y pronto entre los bosques seculares  
alzar se ven á Jesucristo altares  
por salvajes que, alegres, sus errores  
deponen ante el Dios de los amores.

Tú la mirada contemplaste ansiosa  
del orbe que se agita dolorido,  
buscando nueva y salvadora senda  
que del alma desprenda  
sentimiento, afición, pena angustiosa,  
sembrada por el mal, enfurecido,  
que le hiere tenaz y le aniquila;  
y dulce calma celestial, tranquila  
le ofreces de Jesús en el camino  
y eterno y felicísimo destino.

Inicuos escritores te han odiado,  
licenciosos sin fe te han maldecido,  
si puro y bueno y pensador fué el hombre  
santificó tu nombre:  
¡qué grande debe ser lo que has pensado!  
¡qué bueno debe ser lo que has sentido!  
El brillo de tus timbres y blasones  
conocido es de todas las naciones;  
*Ad maiorem Dei gloriam* es el tema  
que ostentas en tu fúlgida diadema.

Hoy le contempla desde el alto cielo,  
sentado en trono de brillante gloria  
y cercado de nubes de topacio  
tu capitán Ignacio:  
eterna paz halló tras su desvelo  
y premió celestial tras su victoria:  
del santo la corona refulgente  
ciñe el Eterno á su gloriosa frente,  
y el Angel con la pluma de sus alas  
su nombre escribe en las etéreas salas.

Santo inmortal, tus Hijos en el mundo,  
sobre las nubes de aromado incienso  
te envían oraciones á millares  
y elévante cantares  
con gratitud y con amor profundo.  
Recuerda España con placer inmenso  
tu dicha, tu esplendor y tu grandeza;  
y al cielo pide que tu gran firmeza  
á esta nación y al cristianismo asista  
del reinado de Dios en la conquista.

ANDRÉS SERRANO Y GARCÍA-VAO.

Congregante de San Luís.

1. Dedicada al Presbítero D. Andrés Serrano y Díaz-Pinés.



## CARTAS DE SOR MARÍA DE ÁGREDA

Y DEL REY FELIPE IV



CARTAS de una monja! ¡Y del siglo XVII, época de fanatismo! ¡Y publicadas en el XIX, siglo de ilustración..!

Parécenos oír estas exclamaciones, dichas con burlona sonrisa por algunos curiosos, que vean en los escaparates de *Fe*, *Murillo* y otros librerías de esta Corte el título de esa obra recientemente publicada. A tal expresión de desdén, contestamos con la de la más sincera compasión, porque siempre la merecen los ignorantes, aunque no siéndolo inconscientes, merecerían además algo de censura.

Si; cartas de una monja á un Rey español, y no una ni veinte, sino más de seiscientas; correspondencia secreta sostenida durante veintidos años entre el palacio de uno de los soberanos más poderosos y la pobre celda de una de las más humildes religiosas. Convengamos en que la cosa tiene originalidad.

Pero si la tiene por el título, mayor la alcanza por el hecho en sí, por el fondo de esa correspondencia. Digamos antes algo sobre sus autores.

¡Felipe IV! ¿Quién no le conoce, por poco que haya hojeado la historia? Aunque empezaba ya la decadencia de la monarquía española, que habiendo llegado á la cumbre de la grandeza en Carlos I y Felipe II, caminaba ya al abatimiento de Carlos II, que sólo contuvo luego el animoso Felipe V, todavía tenía poderosa influencia en la marcha de la política europea, y todavía las banderas españolas se hacían respetar en Flandes y en Italia, países conquistados y sostenidos por el genio de nuestros grandes capitanes y por el valor de nuestros valerosos soldados.

¡Sor María de Ágreda! ¿Quién conocía su historia? Muy pocos eruditos. ¿Quién le daba la importancia que merece? Casi nadie.

Y esto es natural, aunque sea deplorable. Nuestros historiadores se ocupan generalmente de Reyes, de ejércitos, de política y de conquistas, pero no se fijan en lo que sea ó pueda representar una sencilla y modestísima monja que á los 16 años entra en el convento de Ágreda, y allí vive, y allí muere á los 63, sin haber traspasado ni una sola vez sus umbrales ni haber respirado más atmósfera que la que se encerraba en las paredes del convento.

Tal fué sor María. Preciso es fijarse un poco en la educación que entonces se daba á las mujeres y en la edad en que sor María tomó el velo, para admirar cómo aquella niña fué mujer tan eminente, cómo aquella ignorante fué tan conocedora del mundo sin haberlo visto, cómo de la oscuridad de la celda brotaban los consejos sabios que influyeron en la política española, y cómo se aglutina el mérito del misterioso desenvolvimiento de este extraordinario y casi sobrenatural talento, al parecer impregnado en todo y para todo de la virtud más austera y de la moralidad más perfecta.

Fenómeno en verdad digno de estudio. No tiene explicación correcta y natural: preciso es buscarla en una sola palabra; el genio. Si; el genio que Dios infunde, cuando así place á sus providenciales designios, lo mismo en el estadista y en el sabio, que en las blancas tocas de una monja llamada por la marcha ordinaria de las cosas á vivir en una sencillez ignorante, y á morir en la oscuridad y el silencio.

No sucedió así, sin embargo, á sor María de Ágreda. El Rey Felipe IV la visitó en su convento, al detenerse allí de tránsito en uno de sus viajes; la habló, conoció y admiró lo que había de grande y de extraordinario en las palabras que salían de aquella boca tan humilde; y al marcharse, empezó con ella esa correspondencia de veintidos años, con tal sigilo al principio, que mandó á sor María que contestase á sus cartas escribiendo al margen de ellas y devolviéndoselas.

No era, pues, un sabio ministro, ni un Prelado eminente, ni un Príncipe de la sangre real, ni un favorito audaz, quien así entraba sin pretenderlo ni esperarlo, en el arduo destino de consejero íntimo de un gran monarca. Era una modesta religiosa que no había visto el mundo aunque parecía adivinarlo, que no debió conocer más libro que su devocionario de oraciones, ni tener idea siquiera de los grandes deberes inherentes á la soberanía, y de las graves vicisitudes por que atravesaba ya entonces la decadencia progresiva de España.

Tienen, pues, esas cartas dos caracteres muy notables. Es el primero un reflejo auténtico de aquella época, que servirá siempre de texto incontrovertible á todo el que se ocupe de la historia española del siglo XVII; y es el segundo un conjunto de acertada

dirección y de útiles consejos, que desde el fondo de un claustro llegaban sin pretensión ni interés alguno hasta el trono, donde el Monarca los deseaba con afán, los apreciaba con recto criterio, y los tomaba para norma de sus actos, no sólo como Rey en el gobierno de su nación y en la influencia sobre las extranjeras, sino como persona particular y de familia para corregir sus imperfecciones y someterse á los preceptos y máximas de la más pura moral religiosa.

Ese tesoro histórico estaba oscurecido. Preciso fué que un literato francés, Mr. Germond Lavigne, llamase la atención publicando 42 de esas cartas sin duda por no haber tenido conocimiento de más, y providencial fué también que aquel librito cayese en manos de persona que supiese apreciarlo. Esa persona, antes oculta bajo el velo modesto del verdadero mérito que rehuye las exhibiciones, y hoy ya pública, gracias á la indiscreción atrevida pero muy útil de *La Epoca*, fué la Excm. Sra. Marquesa de Casa-Loring. Delicadezas de una vieja amistad de veintiocho años, vedan al que esto escribe decir lo que es esa ilustre é ilustrada dama. La sociedad madrileña la conoce y sabe apreciarla en lo mucho que vale.

Comprendiendo, pues, esa señora el mérito de tal descubrimiento, perdido en los olvidados estantes de una librería de París, se dedicó á profundizarlo con la constancia incansable del minero que busca los tesoros en el interior de la tierra, ó del sabio que arranca á la naturaleza y al estudio los progresos espléndidos de la ciencia.

Registrando durante más de veinte años archivos, bibliotecas públicas y particulares (empezando por la del mismo convento de Ágreda, donde fué en persona con tal objeto), academias, libros, manuscritos y cuanto pudiera hacerle encontrar algo ó algunas de esas famosas cartas, ha conseguido coleccionar 614. Ya en su poder, unas originales y otras copias auténticas, las ha completado con curiosas y eruditas notas aclaratorias de los sucesos y de las personas que se citan en el texto, y las publica ahora en dos gruesos volúmenes, uno que está ya de venta, y otro que lo estará en breve, habiendo tenido el cuidado de que las cartas originales vayan con el lenguaje y hasta la ortografía del siglo XVII, que aunque en nuestros días parezca á veces incorrecta, le hace conservar el sello y pureza de su originalidad primitiva.

Y para que sea notable todo lo que á sor María se refiere, lo es también la publicación de su correspondencia por dos circunstancias muy apreciables y que aumentan su interés.

La primera es la ausencia de toda idea especulativa: la señora Marquesa publica la obra y entrega la propiedad y la edición á las monjas de Ágreda: para ellas es, pues, su producto; y de este modo se verifica que la olvidada pluma de aquella pobre religiosa se convierte después de dos siglos, no sólo en utilísima enseñanza para todos, sino en una renta para el convento.

La segunda circunstancia es que las cartas salen á luz bajo un importantísimo patrocinio. Tal es el *Bosquejo histórico* que como extenso prólogo las precede, escrito por el ministro y literato D. Francisco Silvela, cuya voz y cuya pluma admiran cuantos le conocen.

Quien lea estas desaliñadas líneas, ¿pensará acaso, con esa malicia tan generalizada en el día, que están escritas de encargo, como reclamo de editor ó como adulación vulgar? Protesto de ello, hago juez de esta protesta al lector que adquiera este precioso libro, y desaparezco de la publicidad embarazosa con la cómoda inicial

x.

## LA BASÍLICA COMPOSTELANA

Y LAS PEREGRINACIONES Á SANTIAGO.

## III



UN no había corrido una centuria, y en vez de la pobre iglesia de piedra y barro veíase otra de soberbia fábrica, bellísima, en la cual Alfonso III, discípulo del Prelado iriense Ataúlfo, prodigó los mármoles, el oro, la plata, las perlas preciosas y los más ricos ornamentos. El Obispo de Iria, Sisnando I, vió con creces recompensados sus afanes, su piadosa solicitud, y reiteradas instancias para que se erigiese aquel grandioso monumento en honor de Cristo y del Santo Apóstol, á cuyo valimiento se reconocía el Monarca deudor de sus mayores triunfos contra los infieles. ¡Qué día de gozo para el infatigable Prelado y de imperecedero

recuerdo en los anales de Compostela el 6 de Mayo de 899! En él tuvo lugar la consagración de la basílica, á cuyo acto estuvieron presentes el Rey y la Reina con sus hijos; diecisiete Obispos, á saber: los de Iria, Auca, León, Astorga, Oviedo, Salamanca, Coria, Coimbra, Lamego, Viseo, Oporto, Braga, Tuy, Orense, Lugo, Britonia y Zaragoza; once condes; las autoridades todas, y gran muchedumbre de gentes que habían corrido presurosas para ser testigos del grandioso espectáculo que en aquellos días ofreció la ciudad é iglesia del Apóstol y para oír la palabra divina. Los Obispos consagraron uno por uno todos los altares, empezando por el del Salvador, y los enriquecieron con preciosas reliquias, custodiadas en áureos cofrecillos, regalo del mismo piadoso Monarca que ya antes (874) había ofrecido al Apóstol la magnífica cruz que es todavía hoy una de las joyas más ricas que posee el relicario de la iglesia compostelana. En consideración á que los discípulos del Santo habían consagrado el ara que estaba encima de sus reliquias venerandas, no se atrevieron á consagrarla nuevamente, limitándose á hacer allí oración y á cantar la misa.

Cerca de un siglo después (997), Almanzor, célebre ministro de Hixén II, llegó en la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas á las puertas de Santiago, «y devastó ciudades, arrasó castillos y el territorio todo hasta las regiones marítimas de la España occidental, y destruyó la ciudad de Galicia, en la cual está sepultado el cuerpo del bienaventurado Apóstol, á cuyo sepulcro había dispuesto ir para hacerle pedazos, pero volvió pies atrás lleno de terror. Redujo á escombros iglesias, monasterios, palacios. Entonces el Rey celestial, acordándose de su misericordia, castigó á sus enemigos. La gente agarena empezó á sucumbir por muerte repentina y por espada, y á aniquilarse de día en día.» Hasta aquí el Silense. «Ninguno de los príncipes del Islam, leemos en uno de los cronistas árabes de la terrible gaza, había intentado dirigirse ni llegar á ella (Santiago)... Encontráronla abandonada, y habiendo los musulimes recogido sus riquezas, destruyeron sus fortificaciones y murallas y su iglesia, no dejando huella; pero Al-Manzor encargó del sepulcro de Yákov quien le custodiase y apartase de él el daño... Y Al-Manzor no encontró en Sant Yákov sino un anciano de los monjes que estaba sentado sobre el sepulcro; preguntóle por su estancia allí, y contestó: veo á Yákov. Y Al-Manzor mandó no le hiciesen daño.» La versión de los escritores árabes confirma plenamente la narración de los cronistas cristianos.

Ocupaba á la sazón la cátedra iriense San Pedro Mozono, religioso benedictino del monasterio de Antealtares, gloria de Santiago, y autor inspirado de la *Salve*, de aquella hermosísima plegaria que adoptó la iglesia y dirigen á la Reina del cielo los fieles en sus mayores angustias, y modulan todos los labios, y se repite en todos los idiomas, y resuena en todos los ámbitos de la tierra. El primer cuidado del santo Obispo, luego que se retiró el caudillo musulmán, fué reparar los grandes estragos hechos en la basílica, que fué de nuevo consagrada. Uno de sus inmediatos sucesores reedificó los muros de la población, para mayor defensa de la cual levantó en la fachada occidental de la iglesia del Apóstol dos torres, dichas de D. Cresconio, que era el nombre del Prelado, y otros tantos altares, uno en cada una, dedicados á San Benito y San Antolín.

Pero no era aquel templo bastante para contener la multitud de peregrinos que, pasada la borrasca, siguieron viniendo á Compostela con redoblado fervor. El Papa Calixto II, que siendo Arzobispo de Viena de Francia visitó en los primeros años del siglo XII (1109?) el sepulcro del Apóstol, describe, poseído de entusiasmo, el espectáculo maravilloso que en torno del Arca Santa ofrecían aquellas legiones de fieles que acudían aquí de todos los puntos de la cristiandad.

Los muchos miles de milagros que, según el testimonio de Calixto II, se obraban diariamente por intercesión del Santo Apóstol en la dichosisima ciudad de su glorioso sepulcro, aumentaban las legiones de peregrinos que, después de admirar tantos portentos, llevaban hasta los últimos confines del mundo el nombre de Compostela. ¡Y cómo resonaban entonces los caminos de Asia, de Africa y de Europa con los cánticos de alabanza de los piadosos romeros de Santiago! Cada nación había compuesto su himno especial, mezcla de latín y de los diferentes idiomas hablados en los respectivos países.

Para facilitar las peregrinaciones abrieron caminos en España, en Francia, en Italia, en toda Europa; cruzáronse de puentes los barrancos y los ríos, alzáronse hospicios y monasterios en los páramos, en los puertos y en otros lugares, habitados antes por fieras y salteadores, y se organizaron



milicias de héroes y de santos. El nombre del *Señor Santiago* se extendió por todo el mundo, y el poder de su intercesión y el brillo de sus milagros llenaban de asombro á la misma Roma. En los primeros años de la décima centuria el Papa Juan X (915 á 928) envió á Compostela al Sacerdote Zanelo para que fuese testigo del concurso inverosímil de peregrinos y de los prodigios sin cuento que allí se obraban por intercesión del Santo Apóstol. El libro II del citado código del Papa Calixto da cuenta en los 22 capítulos de que consta de otros tantos estupendos milagros.

J. FERNÁNDEZ SANCHEZ. F. FREIRE BARREIRO.

(Se continuará.)

## AURORA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO D. M. P. V.

### IV



DESDE la playa miramos con temerosa incertidumbre al mar y nada vimos.

— ¿Y la falúa? pregunté al patrón.

— En el fondo del mar — respondió con tristeza.

— ¿La vió usted sumergirse?

— Cuando se sumergía me arrojé al agua.

— ¿Se salvaron todos?

— No, señor. Cinco quedaban, dos se lanzaron al mar, y los tres han bajado con la falúa á ser pasto de los peces. Pero no veo... ¡Ah, sí! Acabo de descubrir ahora dos cabezas, mire usted allí ¡maldita ola! ¡Ha caído como una montaña sobre ellos, y otra ahora, y otra, y otra...! ¡Ya nada veo! Esos pobres han ido á hacer compañía á los otros. Dios tenga compasión de ellos como de los infelices pescadores.

— ¿Qué pescadores? — pregunté yo alarmado.

— ¿No vió usted al entrar en la falúa al señor Anselmo y á su hijo menor preparando su lancha?

— ¡Cielo santo!

— Esos eran los que vi allí enfrente en medio de la inquietud que me producía nuestro propio estado, pero había otra lancha que pugnaba en vano por arribar junto á ellos.

— ¿Y quién iba en esa lancha?

— Un hombre solo.

— ¿Quién era?

— Domingo.

— ¡Oh! ¡Dios mío! — ¿Y han perecido todos?

— ¡Qué duda cabe!

— Eso no puede ser. Tan inmensa desgracia es imposible.

— ¡Ay amiguito! Bien se conoce que usted no ha nacido en ningún puerto, ni está acostumbrado á presenciar estas calamidades.

— ¿Pero está usted seguro?

— Los botes se veían desde la playa y ya no se ven, lo cual es un indicio muy funesto. ¡Ay! Los pescadores y los que vivimos del mar, tenemos nuestra vida pendiente del viento que sopla y de las olas que se agitan. Vea usted toda esta gente llorando. ¡Dios misericordioso haya tenido compasión de ellos!

Y por el tostado cutis del patrón, rodó una lágrima que fué á perderse entre las arrugas de su moreno semblante. Yo me quedé inmóvil y frío, porque estaba empapado en agua, sin sentir apenas el llanto que inundaba mis mejillas. Poco después el marino se confundió entre la mucha gente que llenaba la ribera, y yo le perdí de vista. Sólo sentí la voz de los carabineros, que me decían:

— Vamos ¿qué hace usted ahí? Se va usted á poner malo. Venga usted á mudarse de ropa, pero pronto. Nosotros vamos á hacer lo mismo.

Y empujado por los tres, nos metimos en la posada, donde aquellos se quitaron el uniforme y se pusieron unas blusas y pantalones de lienzo, haciendo yo lo mismo, renunciando á continuar la excursión, ni aun por el camino real por donde marcharon dos horas más tarde los carabineros, pues me había interesado mucho la aciaga suerte de Aurora y de Domingo más que la mía propia.

Cesaba el aguacero, los relámpagos no eran tan frecuentes, los nubarrones se iban disipando y el huracán había perdido su violencia. Todo anunciaba que después de aquella horrible tempestad se calmaría la naturaleza, y tal vez el sol vendría á dar otro tinte á aquel cuadro tan opaco. Mezcléme con los pescadores preguntando por Aurora, y me encontré con las mujeres, que lloraban con desconsuelo.

Infinidad de barcas se estaban preparando por todos los hombres del Ulló. El mar había domado su bravura, y el sol dejaba entrever sus rayos entre

las fugitivas nubes. Poco después las cristalinas ondas se cubrieron de botes en dirección al punto donde tuvo lugar el naufragio.

— ¿Pero á qué salen? — me dijo llorando una bondadosa mujer, — si nada han de conseguir, porque Dios sabe dónde estarán sus cuerpos.

— La calma ha vuelto, respondí yo, déjelos usted. Quién sabe lo que puede haber sucedido. Para convencerse de una desgracia como esta, es preciso registrar el punto donde ha pasado. Ahora, dígame usted, ¿cómo salió Domingo también al mar?

— El padre de Aurora se marchó con su hijo sin decir nada á nadie, y se metieron en su bote con objeto de pescar alguna cosa para la hora de la comida. Cuando se notó su falta, todos se lanzaron detrás de ellos, y sólo vieron la barquilla que iba ya á alguna distancia. Domingo empezó á gritarles para que volvieran, pero ellos seguían mar arriba. Entonces Domingo, que es tan valiente como bueno, aparejó de prisa su bote y se fué á buscarlos aprovechando el momento en que Aurora despedía á la de Redondela.

— ¿Y qué ha sido de Aurora?

— Está en su casa sin sentido, medio muerta, como su pobre madre y como su infeliz suegro. ¡Ay, Señor, qué desventura tan grande! ¡Qué irreparables son las pérdidas que se acaban de sufrir! Parece un horrible sueño lo que ha pasado, y es por desgracia verdad. Antes de esto Aurora y Domingo se asomaron á la ventana á ver salir la falúa donde usted iba, y al ver tan oscuro el cielo, dijo ella: Dios quiera que no le sorprenda una borrasca en el camino.

— Yo le agradezco con toda mi alma ese interés.

— Por eso cuando estalló la tempestad, dijimos todos; la falúa ha naufragado, y Domingo ya estaba en el mar en pos del padre de Aurora. Así es, señor, que yo le creía á usted tan muerto como los que ahora lloramos.

— No me ha faltado mucho, pero al fin no me pasó nada más que el gran susto consiguiénre. Parte de los que iban en la falúa han perecido. Ahora quiero ver á esa infeliz.

— Buen cuadro quiere usted ver.

— No importa.

Y diciendo esto entré en la casa de la pobre virgen viuda. El portal era ancho, como ancha la escalera que conducía al piso principal. Inútil creo detenerme en la pintura de sus muebles y efectos, pues ya hice la pintura á grandes rasgos de la sala donde se celebró el desayuno. El portal estaba lleno de gente, con la cabeza caída y los ojos en el suelo. Pasé entre ella hasta una habitación que había en el fondo á la derecha. Allí había también gran número de personas en actitud igualmente triste, y en esta habitación se veía una puerta-vidriera que daba paso á una ancha y ventilada alcoba. Allí estaba la infeliz doncella con su madre, la que perdió á su esposo y á su hijo, la que ahogaba sus dolores por consolar los de su hija, y estaba además el médico y el padre espiritual de aquellos desgraciados, y el padre de Domingo, que en silencio vertía lágrimas al ver tanta felicidad convertida en eterna desventura.

Esto no lo veía yo porque la vidriera me lo ocultaba, pero me lo contó allí mismo otra pescadora joven y guapa.

— Aurora aun no ha vuelto de su desmayo — continuó la buena moza con un acento triste. — Dios quiera que vuelva, porque si no se van todos detrás. Mire usted que esto es desgarrador. Para ella ha concluído todo. Podrá vivir, pero vivirá muerta, es decir, sin corazón, porque éste se ha ahogado en el mar con su Domingo. Ya puede pretenderla un emperador y ofrecerle su trono, y sus Estados y el mundo entero. Yo la conozco bien. Es el alma más hermosa que puede haber nacido, una de esas mujeres que quieren una vez en la vida y nada más.

— ¿Y doña Isabel?

— Ahí está, traspasadita también la buena señora. Pues si ella no estuviera, bonito andaría todo. No hay en el mundo una mujer más dispuesta que doña Isabel. Y eso que ella tiene... En fin, cada uno sufre por su estilo, que así es la vida. ¿Ha visto usted á su hijo?

— No. ¿Está aquí?

— Ahí lo tiene usted mustio y cabizbajo.

— ¿Dónde?

— Aquel que está sentado junto á la puerta vidriera.

— En efecto, ahora le distingo.

— ¿No le conocía usted?

— Nunca le había visto.

— Está ojoso y muy... quiero decir, que está siempre muy caído.

— ¿Y cómo es eso? — pregunté con intención.

— Cosas que pasan — respondió la pescadora, que no sabía cómo expresarse, — miraba siempre

con mucha insistencia á Aurora, pero ésta nunca hizo caso más que al pobre Domingo.

— ¿Y usted también es casada?

— Sí, señor; mi hombre y mi hijo son de los que salieron para ver si descubren los cuerpos de sus pobres paisanos. Si á usted se le ofrece alguna cosa, vivo en la casita inmediata. Pero ¡calle! ¿ha oído usted ese quejido?

— He oído uno y ahora oigo otro más fuerte.

— Es Aurora, Dios quiera que se salve.

— Dios lo quiera.

El joven hijo de la señora de Redondela, se levantó de su asiento como movido por un resorte, abrió extraordinariamente los ojos, y se inclinó agitado para oír lo que pasaba en la alcoba. Su figura era esbelta y su cara era expresiva, árabes sus ojos y su nariz griega, y representaba la edad que me dijo su madre. Era tal su atención, que no veía á los que estábamos allí.

Otro quejido más fuerte que los primeros, y después un grito aterrador nos hizo estremecer á cuantos nos hallábamos en la sala. Oímos expresiones dulces y consoladoras dirigidas á la enferma, la cual parece que se agitaba entre las sombras lúgubres de un espantoso sueño y las luces de la realidad, y después con voz sobrehumana y poderosa exclamó la desventurada niña: ¡Domingo! ¡Esposo mío! Ven, ven, que yo te oiga, que yo te vea. Mi alma quiere volar junto á ti. ¡Domingo! Ten compasión de tu pobre Aurora. Se oyó un gran suspiro, al que siguió una angustiosa exclamación de su madre, profundos sollozos, varios acentos, ruido de sillas, después nada.

V. ASPA

(Se continuará.)

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

### XV



Hay en la vida humana horas misteriosas y solemnes, son, sobre todo, á nuestro parecer, las que preceden á la muerte y las primeras del cautiverio. En uno y otro caso, la misma indefinida calma, la misma vaga tristeza: se siente un inmenso descanso que se acerca, una pesada oscuridad que se aproxima. Un momento antes se reía, se vivía, era uno activo, libre, se veían moverse las hojas y volar los pájaros; se sonreía á la hoja por que la mano libre podía acariciarla. Se tenía todo, era uno todo; la sangre rica palpitaba en el corazón y la vida se desarrollaba en los labios. Ahora no se tiene nada, no es uno nada, se tiene frío, miedo, la sangre se hiela, la vida se pára. Está uno separado de la tierra y aun no ve el cielo. *Ver es tener*, ha dicho el poeta. ¡Ay! ¿qué ve el moribundo? ¿qué ve el prisionero? El uno, la húmeda pared; el otro, el sombrío sudario. Y la muerte aun es más dura, y el cautiverio más amargo á esas naturalezas vigorosas, á esos caracteres apasionados, los cuales necesitan el aire, el sol, el movimiento, el calor y la vida.

¡Tener tanta sangre que gastar, y sentirla helarse en las venas! ¡Sentir la juventud palpar en el corazón y verla helarse como un arroyuelo con el cierzo del invierno! ¡Sentirse arrancado á los gozcos de la fuerza, y emplear toda su energía en medir las tablas del ataúd ó las losas de la prisión! ¡Cruelles penas para el corazón y para la fantasía!

Por ellas pasaba Witold durante las primeras horas de su cautiverio... Sin embargo, no estaba herido... su prisión no tenía nada de terrible, y no hubiera sufrido en su cuerpo si hubiera podido tener su espíritu descansado.

Estaba encerrado en Brock, en un cuarto pequeño que estaba ordinariamente á la disposición de la policía para detener en él á los malhechores. Era menos miserable que algunas de las chozas que había ocupado en sus excursiones á través de los bosques. Las paredes blanqueadas se habían visto cubiertas sucesivamente con figuras y diversas inscripciones, pero no habían sufrido ninguna degradación. La ventana, á la verdad, era estrecha y con una fuerte reja, pero estaba abierta y dejaba penetrar aire y sol. Se encontraba demasiado alta para que el prisionero pudiese alcanzarla, pero estaba colocada debajo de un nido de golondrinas, y algunas veces una de esas bonitas mensajeras, acostumbradas á la ordinaria soledad de la celda, asomaba su cabecita negra á través de los hierros.

La estación era suave y hermosa, y el prisionero no tenía que temer el rigor del frío, ese enemigo



del sueño. Para dormir, no tenía Witold más que una cama de campaña, cubierta con un saco de paja; pero ¿no había descansado cien veces sobre la tierra desnuda? Después de las fatigas del último combate, un lecho semejante le hubiera parecido otras veces una deliciosa cama, y este cuarto un abrigo suntuoso.

Sin embargo, Witold no durmió; vencido únicamente por el cansancio y una violenta reacción, cayó en un pesado sopor, una especie de vago atontamiento. No pensaba en nada, no sentía nada; abría sus ojos y miraba con la mirada mecánica de la locura ó de la embriaguez.

Miró primero á la pared que tenía enfrente y á las moscas que se frotaban allí las patas, acariciando su espalda al sol. Estas moscas le ocuparon, y trató de contarlas; pero eran más de diez, y no podía encontrar el número. Había una grande, negra y velluda, que no se podía estar quieta y se movía como un demonio, ésta era siempre la que le trastornaba su cálculo. Y sin embargo, como casi le fascinaba, le faltaba algo cuando no la veía, y exploraba tímidamente con la mirada todos los agujeros de la pared, esperando siempre ver salir la mosca velluda.

Después de esto, miró dos pedazos de paja caídos de su cama que se removían sobre los ladrillos de su cuarto. El viento, pasando por las rejillas de la ventana, hacía volar tan pronto el uno como el otro, según la posición que ocupaban los dos. Algunas veces formaban una cruz; un poco después un ángulo; otras veces se juntaban en fila y en seguida se balanceaban sobre dos ladrillos separados. El viento concluyó por echar uno bajo la rendija de la puerta, y le pareció á Witold que el otro pedazo, que se quedó solo, no estaba ya dispuesto á saltar. Justamente, en este momento, la gran mosca negra se puso encima de él y empezó á zumbear con su siniestra y hueca voz. El valiente jefe le pareció ver que volvía hacia él sus grandes ojos castaños, y se sintió estremecer; dejó caer su cabeza sobre el colchón de paja.

No durmió cinco minutos, y cuando volvió en sí, fué para sentir la vida, el cautiverio, el dolor. Se despertó con este sentimiento de angustia amarga que se siente siempre después de una larga noche de lágrimas, señal inevitable de una reciente desgracia que habíamos olvidado durante el sueño... Se despertó hombre y prisionero, el espanto había cesado para dar lugar al suplicio del recuerdo y del pensamiento. En un instante recordó todo y comprendió todo: su vida pasada, sus ensueños, sus victorias, su desastre, su presente miseria, la muerte de sus soldados y de sus amigos. Se dió cuenta de quién había sido, de quién era, aun la víspera, poderoso y victorioso, y ahora estaba vencido y solo.

¡Oh! ¡El desastre era inmenso y la ironía amarga! De tantas balas, de tantas bayonetas aceradas, no había habido una sola para él: Todos los otros, todos sus compañeros, los dichosos, aquellos que desafiaban la muerte y los que amaban la vida, habían ya tomado posesión del gran reposo consolador. Dormían con un sueño muy dulce, muy puro, sobre las verdes laderas de hierba, ó sobre los restos humeantes de las cabañas; y él, el jefe, él, el elegido, él, el intrépido, él estaba encerrado vivo en el silencio y la sombra, como las ratas que roían las tablas de su cama. ¡Esta era la recompensa que reservaba el destino á su valor!

He aquí en qué había venido á parar su salvaje abnegación á la patria.

El había sido un loco tal vez en no haber puesto otro ídolo en el altar...

Para que su pasión fuese completa, le aconteció el llorar por los demás, después de haber llorado por él. Se acusó de haber arrastrado á la ruina y á la muerte á tantos generosos corazones, tantas existencias brillantes. Se preguntó si tenía derecho á hacer nacer bajo sus pasos la miseria, lanada y elluto.

Creyó ver los cuerpos sangrientos de sus compañeros de armas, y distinguió entre ellos dos que le habían sido más queridos: al padre Arsenio, el joven sacerdote de negra cabellera; á Segismundo, el heroico niño; á la señora de Okierko, la resignada mártir, y al más querido de todos, á Tadeo, que á esta hora dormía sin duda en ignorada tumba, bajo los escombros de su castillo; Tadeo, que quería ser feliz, que soñaba con el amor, con la alegría de la boda!

El amor, el gozo, la vida, ideas tristes, imágenes desgarradoras, que se dispersan como un vuelo de brujas en las sombrías horas de la prisión.

Hubo un momento en que Witold dejó bruscamente su cama de paja para ir á romperse la cabeza contra las paredes... Pero el movimiento que hizo asustó á una golondrina que había entrado, á través de la reja, para coger algunas pajillas para construir su nido en el hueco de la pared.

Estaba tan poco acostumbrada á ver hombres en este sitio, que la presencia de este cuerpo, hasta ahora inmóvil, no la había asustado. Pero en su súbito miedo dejó caer su pedacito de paja y fué á colocarse en el borde de la ventana, mirando alternativamente al hombre que la había asustado y á la presa que se veía forzada á abandonar en el suelo. Esta circunstancia tan insignificante llamó la atención de Witold y produjo en él una impresión favorable.

Miró al pájaro y sintió ceder su desesperación: «¡Qué feliz es una golondrina! — pensó él. Ya ha olvidado la tormenta de ayer, no presiente el plomo de mañana, canta, vuela y pasa... ¡Pero yo, pasaré también! — se dijo después de un instante. Yo también tengo una vida alada, tengo un alma-pájaro, que palpita en una hebra de hilo, y que va á volar muy pronto hacia la aurora y la libertad. ¿Por qué quiero echar abajo hoy las puertas de su jaula? Los fusiles rusos son los que se la abrirán mañana.»

Este pensamiento hizo brillar en su ojos un rayo de orgullo, y sintió desbordarse en su corazón un gozo entusiasta, inmenso. Y con una emoción profunda, se arrojó en los ladrillos de su prisión: «¡Dios mío — dijo — perdonad mi demencia, perdonad mis quejas. Me lamentaba de mi suerte, y Vos me concedéis el destino que reserváis á vuestros elegidos. Me habéis encontrado digno de confesar con mi palabra y con mi sangre, á la faz de mis opresores, vuestro sagrado nombre unido al de mi patria. Juzgáis que he trabajado bastante ya y me concedéis mi salario antes del fin del día. Vos sois el que me habéis llevado por la mano, de la lucha á la gloria, del campo de batalla al cadalso, y Vos sois el que viendo que flaqueaba, me enviáis la golondrina! ¡Os adoro, os bendigo, Dios mío: disponed de mí cuando os plazca!»

Acabada esta oración, se extendió Witold sobre la paja y se durmió hasta la mañana.

Abrió los ojos con el dulce gorjeo de las golondrinas, que el alegre sol había despertado antes que él, y escuchaba vagamente su gentil canto, cuando oyó en el corredor un ruido de pesados pasos y de culatas de fusil golpeando el suelo. En el mismo momento se abrió su puerta, y vió aparecer delante de él al capitán Ignatiev. El joven oficial ruso entró con ademán importante, aspecto severo como de un guardián muy penetrado del espíritu de su empleo. Volviendo la espalda con cuidado á los soldados de la escolta que se habían quedado en el corredor, se puso un dedo en la boca acercándose á Witold, para impedir cualquier exclamación, cualquier ademán de sorpresa; pero éste no necesitaba esa recomendación prudente: se sentía ahora tan fuerte, tan apaciguado, que podía soportarlo todo, porque estaba preparado á todo.

— Insurrecto, váis á seguirnos — dijo Ignatiev en tono de mando.

Witold silencioso, se levantó de su cama.

— Atad las manos al prisionero, — continuó el capitán haciendo una seña á un cosaco.

Aquel se acercó y murmuró al oído de Witold, haciendo como que se ocupaba en sujetarle fuertemente las manos: «No resistáis, estaré siempre á vuestro lado y os cortaré las cuerdas cuando haya llegado el momento.»

Mlotek no dijo una palabra ni hizo un gesto. Sin embargo, la llegada de Ignatiev le emocionaba vivamente. Tal vez le traía la libertad el joven capitán; ¡pero cuántos peligros y dificultades podían separarlo todavía de esa libertad tan dulce! Siempre la vieja historia de la copa y de los labios... En todos los casos ensayaría, lucharía aún, y sucediera lo que sucediera, se conformaría con su destino animosamente.

Delante de la puerta del pequeño edificio que le había servido de prisión, Witold percibió, puestos en fila, los caballos que habían servido á los cosacos de la escolta.

— Hycio, trae tu caballo del diestro, — dijo el capitán al cosaco, que amarrando á Mlotek, le había hablado al oído.

— Pero... ¿No recordáis ya, — dijo el soldado confuso, — que se le cayó una de las herraduras de la pata de atrás, y que lo he dejado amarrado en el bosque de Lipy? Lo volveremos á tomar á la vuelta.

— ¡Ah! Es verdad; no te olvides de tomarle, — dijo Ignatiev echando á Witold una mirada significativa. En el bosque de Lipy, acuérdate bien, Hycio.

El cosaco hizo un guiño á Mlotek y movió la cabeza en señal de inteligencia. Después otro soldado trajo un caballo para Witold y se puso á su izquierda, mientras que Hycio vino á ponerse á la derecha del prisionero.

Y toda la tropa, poniéndose en marcha, corrieron un buen cuarto de hora á galope en profundo silencio. Al cabo de este tiempo, los caballos fueron

más despacio, y algunos cosacos empezaron á charlar. Witold, entre sus dos guardianes, estaba entonces á cierta distancia de la vanguardia; después seguía, á algunos pasos detrás de ellos, lo demás de la tropa.

— Estos perros de insurrectos, — empezó Hycio, — no nos dejan un solo día sin que tengamos que cazarlos. Ved, camarada Sergio; tenemos uno en medio de nosotros y, sin embargo, el capitán teme tanto que nos lo arrebaten, que ha enviado casi toda la columna á los alrededores del bosque, para ver si no hay allí algunos que nos acechen.

— El capitán, á fe mía, tiene razón, — replicó Sergio. — No somos más que dos para custodiarle; los camaradas se han quedado muy atrás: ¿qué haríamos si una banda de esos pillos nos saltase de pronto al cuello?

— ¿Qué haríamos? ¡Bah! ¿es que no podremos despachar muy pronto á éste? — respondió Hycio con sonrisa equívoca. — ¿Tenéis verdaderamente miedo de un hombre atado y desarmado, mientras que tú tienes para defenderte un buen sable, una lanza y tus dos manos?

— No tengo miedo de él, pero sí de alguna de sus bandas, y me pregunto francamente cómo, con escolta tan pequeña, nos vamos á atrever á atravesar el bosque.

— ¡Oh! yo te quitaré ese miedo, m valiente, — dijo Hycio enviando á Witold una sonrisa de inteligencia. — Allí encontraré mi caballo fresco, haré subir en él al prisionero, y yo solo me encargaré en llevarlo á buen puerto. ¿No es verdad, prisionero? — dijo, poniendo con familiaridad la mano sobre el hombro de Mlotek.

El joven se volvió y reparó aún en el rostro del cosaco el mismo guiño significativo. Miró con fijeza á aquel hombre; pero no le hizo ningún signo, y no le respondió. En este momento Ignatiev, haciendo galopar á su caballo, se acercaba al pequeño grupo.

(Se continuará.)

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Jabón blanco de tocador.* — Se prepara con los siguientes ingredientes:

|                           | Kilogramos. |
|---------------------------|-------------|
| Estearina.....            | 6,5         |
| Acéite de palma.....      | 11          |
| Glicerina.....            | 6,5         |
| Lejía á 38°.....          | 9           |
| Alcohol á 96 por 100..... | 13          |

Se calienta la estearina y el acéite de palma hasta 65 grados Reaumur, se saponifica con la lejía, se añade el alcohol y luego que termina la combinación se adiciona la glicerina; cuando el jabón esté claro se tapa el recipiente que lo contenga y se deja en reposo hasta que la temperatura sea de 45° R.

Se perfuma con:

|                          |             |
|--------------------------|-------------|
| Acéite de bergamota..... | 120 gramos. |
| — de geranio.....        | 30 —        |
| — de azahar.....         | 25 —        |
| — de limón.....          | 30 —        |

Y se vierte en los moldes.

*Instrucciones contra la difteria (garrotillo).* — El Consejo de Higiene de París, dió en el verano último algunas instrucciones para precaverse contra la difteria, que á continuación exponemos por creerlas de oportunidad, ya que nuestras corporaciones científicas nada han hecho, que sepamos, en este particular, á pesar de extenderse la epidemia por varias provincias, y haber llamado la atención del Gobierno.

La difteria, dice el Consejo de Higiene de París, es una enfermedad contagiosa. Toda relación y contacto de niños con individuos atacados de esta enfermedad debe evitarse.

No se conoce hasta el día ningún medicamento seguro que preserve de la difteria.

En tiempo de epidemia, importa nutrir bien á los niños cuanto sea posible, y evitar que se hallen expuestos á la acción prolongada del frío húmedo.

La menor afección en la garganta debe cuidarse desde los primeros momentos.

Es indispensable alejar inmediatamente toda persona que no sea necesaria para la curación y cuidado del enfermo, en especial si son niños. Las personas que cuiden los enfermos se abstendrán de abrazarlos, respirar su aliento y de adherir la cara y la boca durante los golpes de tos. Si tienen grietas ó llagas en las manos ó en la cara, tomarán la precaución de cubrirlas con colodión. Cuidarán de nutrirse bien; de salir algunas horas á tomar el aire; y de no permanecer noche y día en la habitación del enfermo.



Como medida de precaución, se lavarán la cara y las manos con agua que contenga 10 gramos por litro de ácido bórico cristalizado y un gramo de timol.

En París, las familias que deseen que los niños sean cuidados en el hospital, avisarán al comisario de policía de su barrio, el cual pondrá gratuitamente á su disposición, en vista del certificado del médico, un coche para su transporte.

En cuanto á medidas de desinfección, he aquí las que aconseja la mencionada corporación:

1.º Las materias excretadas por la tos ó vómitos serán destruidas con una solución que contenga por litro de agua 50 gramos de cloruro de zinc ó de sulfato de cobre.

Las telas, vestidos, etc., manchados, serán lavados inmediatamente con dichas soluciones, y mantenidas en agua hirviendo durante una hora lo menos.

Las cucharas, vasos, etc., que hayan servido al enfermo, deberán ser sumergidos también en agua hirviendo.

2.º Cualquiera que sea el resultado de la enfermedad, es indispensable la desinfección.

Las fumigaciones se harán con azufre, de la manera siguiente:

Después de haber cerrado las ventanas y puertas de la habitación, se colocará en una ca-



MONSEÑOR MELCHERS, ARZOBISPO DE COLONIA.

zuela de barro un poco azufre (20 gramos por metro cúbico), y se quemará, dejando que el gas sulfuroso desprendido actúe durante veinticuatro horas. Nadie entrará durante este tiempo, y si después de haber aireado la habitación y que salga el gas desinfectante.

Todas las ropas de cama, colchones, lanas, etcétera, que hayan servido al enfermo, serán desinfectados en las soluciones dichas anteriormente, y después serán lavadas en lejía.

## MISCELÁNEA

*Desde Nueva York.*— Aunque parezca inmodestia, creemos pagar un deber de gratitud reproduciendo aquí el artículo que dedica á nuestra Revista el periódico de aquella capital *Las Novedades*, el cual, no satisfecho con elogiarla, ha abierto en sus oficinas un centro de suscripciones, constituyéndose en activo y desinteresado corresponsal nuestro. Dice así el artículo:

*Publicación recomendable.*— El último correo de España nos ha traído un ejemplar de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, revista decenal de ciencias,



LO QUE RESTA DEL CASTILLO DE CASTRO-TORAFE, PROVINCIA DE ZAMORA.

literatura y arte cristiano que ha comenzado á ver la luz en Madrid y de la que habíamos leído unánimes elogios en nuestros colegas de la Península.

Digna es de ellos por todos conceptos LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. Propiedad del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, y patrocinada por las principales damas de la Corte, refléjase en sus columnas la ilustración de sus colaboradores hermanada con los sentimientos cristianos que la inspiran y con aquella amenidad que realza y avalora todos los asuntos y que tanto agrada á las personas de buen gusto.

Con medios de propaganda como los anteriores, que son una garantía del éxito, y llevando por objeto el cultivo de lo bueno y de lo bello, á nadie sorprenderá la acogida cordial y el coro de alabanzas con que ha sido recibida en nuestra patria esa publicación, digna de figurar en los hogares de todas las familias católicas y donde quiera que haya tiernos corazones que educar, esos jóvenes árboles que requieren para su saludable crecimiento la savia

de la moral cristiana, de la educación, del buen ejemplo y de las sanas lecturas.

Y en época tan agitada como la nuestra, hoy que la carcajada sardónica del incrédulo y el influjo de demoleadoras doctrinas hacen vacilar la fe de muchos, á medida que se entibian y olvidan las creencias y las tradiciones, tienen una misión especial y elevadísima esas publicaciones que la Iglesia y la moral aprueban, esos libros y revistas, escasos por desgracia, que las madres de familia pueden recomendar á sus hijos y que forman saludable contraste con el torrente de la literatura procaz, descreída y ponzoñosa que hoy todo lo inunda y lo corroe.

Indicado así, y por nuestra parte cordialmente elogiado, el carácter de la publicación, digamos algo de sus condiciones materiales. Son éstas inmejorables, como correspondía á su objeto y elementos, y forman la Revista doce páginas en folio, de nutrida y variada lectura, con abundantes grabados de retratos, paisajes, monumentos, etc. Igual bondad se nota en la calidad del papel y en las condiciones tipográficas de la obra.

La Junta de caritativas damas españolas que patrocina el Asilo y la Revista, desea vivamente que ésta tenga, como en España, buena acogida en Cuba é Hispano-América y entre las familias de nuestra raza residentes en los Estados-Únidos. Al efecto, teniendo nosotros en cuenta el mérito de esa publicación, no vacilamos en recomendarla con empeño á nuestras lectoras; y deseosos de contribuir en cuanto podamos al buen éxito de la suscripción aquí y en los países hispano-americanos, recibiremos en esta Administración los pedidos de suscripciones que se nos hagan, al precio de 4 pesos al año, franco de porte, y daremos publicidad á los nombres de las personas que se inscriban en nuestra lista de suscriptores á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. He aquí los que contamos hasta la fecha:

Excmo. Sr. D. Juan Valera.

Excmo. Sra. Doña María del Pilar de la Borbolla de Suarez.

Srta. Mercedes G. García.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo 5